

CUANDO EL SOL AVANZA HACIA EL NORTE

Mabel Collins



Mabel Collins

CUANDO EL SOL AVANZA HACIA EL NORTE.

Ningún gran sacrificio se puede comenzar durante el tiempo en que el Sol avanza hacia el Sur. El sur es el alcázar de Yama: Yama es el dios de la Muerte.

Un Brahman del satapatha-Brahmana dice: “Cuando el Sol avanza hacia el Norte está entre los dioses y protege a los dioses”. (The Buddhist Praying Wheel).

Es el tiempo en que las criaturas arden, y es el tiempo en que se extingue el fuego.

MAHABHARATA.

ÍNDICE

Diciembre: El Mes del Nacimiento.

Capítulo I, *página 4.*

Capítulo II, *página 8.*

Capítulo III, *página 20.*

Enero: La Vigilia del Amor.

Capítulo IV, *página 22.*

Capítulo V, *página 28.*

Febrero y Marzo: Vida Humana y Muerte Humana.

Capítulo VI, *página 34.*

Capítulo VII, *página 38.*

Capítulo VIII, *página 43.*

Abril: Viernes Santo y Pascua Florida o de Resurrección.

Capítulo IX, *página 51.*

Capítulo X, *página 56.*

Capítulo XI, *página 61.*

Mayo: Transmutación.

Capítulo XII, *página 65.*

DICIEMBRE: EL MES DEL NACIMIENTO

CAPÍTULO I

La profunda conexión fundamental entre las ceremonias de las grandes religiones del mundo y los hechos de la Naturaleza, se manifiesta en la manera como están agrupadas alrededor del año. En el plano material esta historia comienza con la festividad del Año Nuevo, universalmente observada, en la cual es entendido que se celebra, la victoria de la luz sobre la oscuridad; culminando esta victoria hacia el principio de Junio cuando los tibetanos celebran el aniversario del Nirvana, de Budha. La festividad del Año Nuevo está precedida por las fiestas y ceremonias del Nacimiento, marcando la estación en que el Sol, luz y vida del mundo, comienza a renacer y vuelve a debelar la oscuridad y la muerte. Vuelve cada año como un niño recién nacido y va haciéndose más fuerte a medida que la estación avanza. Macrobe dice que los antiguos egipcios “representaron al Sol en el solsticio de invierno bajo la imagen de un pequeño infante”. El estudiante de ocultismo sabe que el hombre es una parte de la Naturaleza y que los misterios se le revelan cuando penetra en la secreta y sagrada vida de los Ciclos y la Tierra. Para él la estación anual del nacimiento material está precedida por el estado espiritual de deseo de nacer. En ambos sistemas, egipcio y budista, se supone que el Sol se extingue o “pierde su energía fertilizante en el otoño y principio del invierno; y Simpson, en *The Buddhist Praying Wheel*, apunta como improbable el que esta idea se haya originado en la India, pues opina que los arios deben haberla traído allí de latitudes frías. Las diferencias de clima en las varias partes de la Tierra, no afecta a las religiones del mundo en su universal aceptación del mes de Enero como la estación de retorno de la luz del mundo: En esta época toda la Naturaleza inicia su vida de nuevo y el mes de Diciembre está consagrado a la preparación para esta vida nueva. En un artículo de la *Revue Egyptologique* de Enero de 1880, Brugsch Bey, basando su relato en una inscripción, se refiere a una ceremonia practicada en Memphis, por el Faraón mismo o por uno de los sumos sacerdotes, en cierto día que debió su santidad al rito, esto es, el Solsticio de invierno o 22 de Diciembre. Este escritor cita a Macrobe en lo de estar el Sol representado en ese período del año como un niño recién nacido. El espíritu del hombre está

indisolublemente asociado con este pequeño infante, portador de la luz; y cuando el discípulo alcanza la conciencia psíquica, viene a ser sabedor de la mística reaparición anual de aquel milagro, descrito en las religiones como nacimiento, muerte y resurrección. A medida que el discípulo sube los peldaños de conciencia, aprende que el portador de luz espiritual debe sufrir el martirio de crucifixión en tiempo y espacio y descender y entrar en la tumba de materia. Y así como los Grandes Seres en su ilustre linaje han sufrido esto, así sus discípulos deben sufrirlo. Las iniciaciones anuales comienzan con aquel deseo de renacer la materia, que trae al espíritu humano la condición de paciente, sometido a la regla de los pares de opuestos: calor y frío, placer y dolor, amor y odio, masculino y femenino; estas condiciones apuestas le asaltan continuamente y no puede eximirse de ellas, excepto libertándose de renacer. La obra del Cristo fue mostrar el significado de la Cruz, y enseñar la gran lección de sacrificio, lo cual significa que ninguno pretenderá su libertad hasta que todos estén salvos. El Cristo prometió permanecer con nosotros siempre, renunciando Su Nirvana hasta el fin del mundo, morando con Sus amados hijos, el publicano y el pecador, en los misteriosos lugares internos de la conciencia. Y aquellos que Lo siguen deben hacer lo mismo, y deben entrar en el deseo de renacer cada año con un aumento anual de voluntad para ayudar al mundo. Así por este deseo, cambian gradualmente su carácter, hasta llegar a ser inegoístas en vez de egoístas. El alma del hombre y el alma del mundo, el alma de la Naturaleza superior y el alma de la Naturaleza inferior, todo pasa igualmente por las angustias de nacimiento.

En Diciembre, el mes del nacimiento hay siete grandes ceremonias vitales que llenan todo el mes con sus observancias. La primera de estas ceremonias es el deseo de nacer. Este es el principio de la historia mística, tan ajena a la vida humana material, que es imposible describirla en lenguaje humano. Sólo es presenciada concientemente por el ser espiritual antes de su descenso en la materia. El discípulo que solicita tomar parte en ella mientras vive en el cuerpo, debe esforzarse en traer a su memoria física la letanía que oyó cantar en la esfera espiritual de la que descendió al buscar la experiencia de la vida humana. La ceremonia del deseo de nacer dura cuatro días y cuatro noches comenzando el 1º de Diciembre. Durante este tiempo es necesario que el discípulo medite en todo lo que está implícito en su letanía, Cada media noche y cada mañana al amanecer, debe meditar sobre las palabras de la letanía, esforzándose en obtener perfecta comprensión respecto de ellas. Son tan enrevesadas y oscuras para el hombre que vive en la vida material, que si las considera a la luz del intelecto, parecen sin sentido. Pero el discípulo que

pertenece a una de las Escuelas Ocultas (1), y que desea llegar a ser una parte consciente del divino Todo, debe entrar en la vida psíquica del mundo en esta sagrada estación, y aprender de año en año, más y más del misterio de la vida divina en sí mismo, y de su unión con la vida material.

LETANÍA

- 1.- *Yo desea nacer.*
- 2.- *Ya estoy dispuesto para ser quemado y consumido; porque eso es el nacimiento.*
- 3.- *Yo estoy pronto para estar desnudo y sufrir a causa de mi desnudez; porque es la vida.*
- 4.- *Yo estoy a punto de empezar la peregrinación a través de la materia, en la oscuridad y en el fuego, de modo que e círculo de lo increado llegue a identificarse con el círculo de lo creado.*

La prueba del fuego que comienza a sufrir el alma inmediatamente que experimenta el deseo de nacer, Y que continúa todo el tiempo que el hombre permanece siendo hombre solamente, es la quema destrucción de toda amalgama de su naturaleza. Cuando esta prueba está completa, el ego puede efectuar el milagro de la resurrección y renacimiento a un estado superior y puede comenzar a formar su cuerpo regenerado que será digno de la inmortalidad.

El instinto de la naturaleza animal es evitar el sufrimiento Y buscar defensa de el. Pero el espíritu del hombre ha buscado nacimiento en la materia con el objeto de obtener purificación Y desea, no solamente entrar en la prueba del fuego, sino entrar en ella desvalido. Por tanto él pronuncia las dos estrofas de la letanía que siguen a la expresión del deseo de nacer. La mística unión está expresada en la parte final de la última estrofa; está más allá de la comprensión del hombre. Sólo confusamente puede comprenderla por grados a medida que sigue las ceremonias ocultas y obtiene más y más iluminación respecto de ellas. Otoño, invierno, primavera y verano se repiten debidamente cada año, porque el divino Espíritu de la Naturaleza desciende continuamente a la Naturaleza y pasando a través de la materia vuelve a sí mismo. Cada año el drama se efectúa de nuevo. La historia de la peregrinación del hombre está contenida, en este drama anual, y es la base de las leyendas que forman el esquema de las grandes religiones.

Mabel Collins – Cuando el Sol Avanza Hacia el Norte

Deseo, matrimonio, nacimiento: éstos nos traen aquí; amor, muerte, resurrección: éstos nos llevan de aquí. Exactamente como las verdes hojas vienen con cada primavera, así el significado interno de las verdes hojas se revela al discípulo en la perpetua reaparición de la primavera.

Los egipcios fueron los primeros en instituir un calendario sagrado, en el cual cada día tenía su especial ceremonia religiosa. El iniciado egipcio que dio al autor de la “Historia del Año” los fragmentos de la Letanía del Nacimiento y de la Letanía de la Resurrección del antiguo ritual, ha trazado ahora los ritos y vigiliias de los meses que transcurren entre la Navidad y la Pascua de resurrección; pero no ha trazado nada para los meses de verano y del otoño, durante los cuales ninguna de las religiones existentes tiene fechas determinadas para ceremonias o fiestas. Sin duda, esto está de acuerdo con la creencia aceptada de los antiguos, de que ningún gran sacrificio se debe comenzar durante el curso del Sol hacia el Sur. El Sur pertenece a Yama, dios de la Muerte. Los meses sagrados son aquellos durante los cuales el Sol avanza hacia el Norte.

Notas:

(1) Las Escuelas Ocultas a que aquí se alude son psíquicas. No físicas y el discípulo es el que ya entró en el yoga de la Luz en el Sendero.

CAPÍTULO II

En las primeras experiencias conscientes del discípulo, el deseo de nacer va seguido de un sentimiento de anonadación; en otras palabras, el deseo de poder, el deseo e insistir con tesón, el deseo de éxito, usados para un fin tan grande como es la realización de la Unidad en la conciencia, dejan el espíritu del discípulo abatido por el terror, subyugado por la convicción de que nada existe, de que el esfuerzo es vano y el poder inútil, porque el éxito es imposible. En esta primera ceremonia, el discípulo que llega a ser sabedor de que su espíritu ha deseado nacer y reconoce su propia voluntad libre, ha dado el primer paso en la nueva vida, y ha entrado en condiciones desconocidas, no experimentadas por él hasta entonces. Es natural, pues, que la próxima sensación sea de confusión. Este estado se experimenta siempre al entrar en la vida oculta. La primera vez que el discípulo está consciente en él, el sufrimiento es terrible, porque esto parece ser el estado final. Esta ceremonia se llama la ceremonia del terror, y dos estrofas de la Letanía del Nacimiento, pertenecen a ella.

LETANÍA

*Yo soy nada, excepto un fragmente para se; quemado y consumido.
Yo solo, soy cono nada.*

Este es el momento de la aparición del “Morador del Umbral”. Antes de que el discípulo haya obtenido el poder de entrar en la Sala del Saber y presenciar las ceremonias que allí se realizan, ha conocido en las experiencias de la vida el estado de terror. La indiferencia del mundo le oprime como un frío paralizante. El afortunado y el feliz prestan tan poca atención a la miseria y a la desesperación, que parece que el que sufre está solo; y el discípulo que mira alrededor con conciencia despierta, percibe esto con relación a sí mismo y con relación a los otros. Al hombre que continua siendo un estudiante solamente, esta terrible experiencia le enseña filosofía, y su espíritu se doblega ante esto, como en la Naturaleza él se doblega ante el viento o sucumbe al rigor de la cruel helada. El discípulo que entra a iniciación, y sigue el curso de las ceremonias, reconoce en cada año de crecimiento, la repetición de ese

estado de terror. Le acometen en cada plano de conciencia, uno después de otro; y en cada paso hacia arriba la prueba es más pavorosa. Al fin alcanza un punto en el que experimenta la ceremonia en toda su plenitud, y se encuentra total y absolutamente solo; inconsciente de su más elevado Yo, de su Guía, de su Maestro, de su Dios. Entonces conoce que no es más que un fragmento para ser quemado y consumido. Entonces sabe que, solo, no es nada. Entonces sabe que ha de sufrir la iniciación para alcanzar la unión y el compañerismo en la peregrinación. El espíritu se despliega en su interior, se extiende hacia otros, hacia sus compañeros de sufrimiento en la crucifixión de la vida humana, y esto le lleva a la Sala de Sabiduría a presenciar la ceremonia de la consagración y escucha el canto de los iniciados.

LETANÍA

- 1.- *Yo consagro el espíritu que está naciendo dentro de mí al servicio del espíritu de amor.*
- 2.- *En este próximo año, moraré en el: santuario de amor.*
- 3.- *Recordaré que no he de pedir amor sino que daré amor; que he de darme al mundo.*
- 4.- *No dañaré a nadie; a todos perdonaré. En cambio, yo pido que el espíritu que va a nacer en mí en este mes, sea amado de la Fraternidad de almas, y reconocido como un alma de amor.*

Mientras el discípulo está escuchando esta letanía, su espíritu hace intuitivamente la profunda obediencia. Se ha vuelto hacia la luz del mundo espiritual: el espíritu de amor.

Habiendo pasado a través de la oscuridad y la desolación y habiendo aprendido que ninguna posesión es permanente y que nada persevera, el discípulo está ya preparado para sacrificar todo cuanto tiene, en servicio de la eterna vida divina. Sabe que sólo es una criatura cambiante e impermanente y está pronto a renunciar a todas las cosas a fin de nutrir el germen de la divinidad oculto en si y escapar de la ley de impermanencia que gobierna la humana vida.

Durante la ceremonia del terror la Sala del Saber está oscura y desierta, completamente vacía, excepto un aterrador sentimiento de desolación; las puertas están abiertas de par en par, y el áspero viento, que es como la crueldad misma, se precipita por ellas con tal violencia que nadie puede permanecer en pie. Durante la ceremonia de la consagración las puertas están

cerradas, hay un profundo sentimiento de anhelo y aspiración, y el discípulo confusamente percibe las Presencias que le rodean. El silencio reina, hasta que esta conciencia llega; después se oye el tenue canto de la letanía, y él sabe que, cerca, alrededor de él, lo repiten inaudiblemente los invisibles hermanos de su espíritu. La oscuridad reina, y en la oscuridad el espíritu se arrodilla en su recóndito santuario, dentro del corazón del ego. Esto es lo que se llama en ocultismo profunda obediencia. En el silencio que sigue a la letanía, una voz habla, es la Voz del Silencio; una vez que el discípulo ha oído esta Voz, ya nunca más estará solo, ni volverá a sentir temor. Ha nacido de nuevo, se ha individualizado en un plano superior, y allí será reconocido.

Aun en medio de la prueba de la ceremonia del terror, mantiene firme el convencimiento de que pasarán y que se encontrará otra vez de pie firmemente, en medio de lo real, inmutable y eterno. Después, por esta obediencia de espíritu y su esfuerzo de consagración, se une a la multitud de espíritus invisibles que desean llegar a ser una parte del gran Cuerpo de Amor y consagrarse a su servicio. Esta multitud de espíritus aparece en esta gran ocasión del ritual de iniciación, como una vasta asamblea velada. Estos son aquellos que con capacidades no desenvueltas todavía, confían en un Dios conocido por ellos sólo por las enseñanzas de los credos de las iglesias. Por la intensidad y la pureza de su deseo, están capacitados para experimentar la alegría y la pena de la consagración absoluta; pero ellos la experimentan en la oscuridad de su alma aún no iluminada.

Esta estrofa de la letanía es la más fácilmente comprendida por aquellos que, con los ojos vendados, oyen por primera vez el místico canto, que ellos mismos primero repiten, uniéndose al canto de los invisibles: “Yo no dañaré a nadie; yo perdonaré a todos. En cambio yo pido que el espíritu que va a nacer dentro de mí sea amado de la fraternidad de almas, y reconocido como un alma de amor”.

Una vez hechas estas grandes resoluciones, de no dañar a nadie y de perdonar a todos, la ceremonia de la consagración ha sido comprendida y plenamente experimentada; y se ha obtenido .Un grado de conocimiento y de adelanto que nunca se pierde. Es muy difícil entrar en esa ceremonia y más difícil aún es pasada. Lo más frecuente es que el derecho y poder de entrar en ella, se obtenga reprimiendo un sentimiento de justificable resentimiento contra algún agravio. La renuncia debe ser profunda, hecha en el santuario del espíritu y debe ser absoluta, abarcando no solamente un caso particular de injusticia o maleficio, sino todos los casos de injusticia y de maleficio.

Entonces surgen del corazón las primeras palabras del gran canto de vida, el cual pertenece a la Fiesta del Amor, la Fiesta del Alma.

LETANÍA

- 1.- *El Amor es el único Rey;
El único Gobernador;
El único Creador.*

Cuando su espíritu es conocedor de esta maravillosa letanía y está apto para unirse al canto victorioso, la Sala de Sabiduría se hace visible al discípulo como activa toda y resplandeciente, llena de una intensidad de color, púrpura y verde. El gran río que corre a través de ella de un extremo a otro, y que a menudo está oculto a la vista, está ahora abierto. Parece un río de las tierras frías, donde las gramíneas crecen en el estío. Cañuelas y junquillos se yerguen entre los grupos de las delgadas formas de los espíritus, como altas gramíneas. Las murallas están todas iluminadas con piedras preciosas, que se transforman en palabras para los capaces de leerlas. Las palabras de la letanía llamean sobre los muros de tiempo en tiempo.

LETANÍA

- 2.- *Odio y Satán son uno: rebelde, anarquista, destructor.*
- 3.- *Acción de amar es lo que los hombres llaman caridad.*
- 4.- *La canción de odio es malicia.*
- 5.- *El amor tiene únicamente un castigo para el pecador: el perdón.*
- 6.- *Vivir de acuerdo con la ley de amor es cien mil veces más difícil que vivir con la ley del odio; me comprometo a hacer este gran esfuerzo. Vivir de acuerdo con la ley de amor significa la aceptación de todo mal como un bien. Por esta aceptación, hecha con espíritu de amor, el mal se convierte en bien. Nos consagramos a la conversión del mal en bien, en nuestras naturalezas, en las naturalezas de los otros y en los asuntos de la vida. De aquí en adelante no evitaremos el mal, lo amaremos y lo transformaremos. Amándolo, nos hacemos copartícipes del principio creativo, que es amor.*
- 7.- *Para hacer este gran esfuerzo, los discípulos se comprometen durante la Fiesta del Amor, y se obligan en ella a unificarse. Esto no pueden hacerla solos.*

Por esto, a la Fiesta del Amor, sigue inmediatamente la Fiesta de la Unión.

El mal de que se trata en esta letanía no es el pecado, no está reducido a pensamientos, palabras o acciones. Es aquella fuerza que causa todas esas cosas, que se opone a la bondad y a la justicia, como el odio se opone al amor y el dolor se opone al placer. Este último par de opuestos es el más fácilmente comprendido por los hombres; no evadir el dolor sino confundirlo con el placer de tal modo que surja una nueva emoción, es un ejercicio que debe hacer el discípulo anticipadamente. La palabra que más claramente expresa esta nueva emoción es éxtasis. El amor es el mayor poder que conocemos, pues extingue el odio con sólo su presencia. Los hombres han continuado hasta ahora siendo crueles, mordaces y vengativos porque la Fraternidad del amor no es todavía bastante fuerte en la raza humana para que predomine. El odio se rinde a su opuesto, a causa, de que sus designios y esfuerzos se frustran cuando el amor se manifiesta; no puede dañar o agraviar a aquel espíritu que está por encima del fracaso y del dolor; así se invalida el odio, y la fuerza que lo motiva cambia de naturaleza.

Lo mismo con él bien y el mal; por el uso del poder supremo del amor, la fuerza que se precipita sobre las almas de los hombres causando explosiones de crímenes y de crueldades, puede ser detenida en su curso, y superada por el espíritu de amor, de modo que cambie su naturaleza. Es necesario recordar que los hombres están inducidos e instigados por fuerzas que sacuden el mundo del pensamiento como el viento azota la tierra o como las corrientes de electricidad cruzan el éter. Los científicos prácticos pretenden dominar las fuerzas de la Naturaleza, los alquimistas tienen por objeto cambiar el carácter o calidad de las sustancias materiales. El ocultista práctico aspira a gobernar las fuerzas de la humana naturaleza y a cambiar el carácter o calidad de la sustancia-pensamiento; tal es el ejercicio a que está consagrado; no es su propio desenvolvimiento ni el influir sobre los individuos, su principal trabajo. A medida que se desenvuelve va combatiendo con más éxito las fuerzas que le asaltan en común con el resto de la raza; fuerte en su posición, como un alma de amor, no puede ser dañado por el odio o el mal, y se une con otros igualmente bien preparados para inducir y cambiar la sustancia-pensamiento del mundo. Cuando los pares de opuestos se funden en uno, bajo el dominio del poder del amor, una grande ola de vida nueva y de fuerza se derrama sobre los hombres, porque la lucha ha cesado y en vez de ser rasgadas en opuestas direcciones las almas de los hombres, un impulso enormemente aumentado, las levanta hacia el infinito bien. Es como si dos

manos que hubiesen estado tirando de las almas de los hombres para dividir las en dos partes, se uniesen repentinamente para elevarlas. Este efecto no puede persistir mientras el hombre esté crucificado y sujeto a la ley de los pares de opuestos, a menos que el esfuerzo que lo causó sea continuo. Las condiciones vuelven a su normal estado de lucha cuando el esfuerzo mengua. Ninguno puede ensayar este esfuerzo, sino los que purificados por el fuego espiritual, están firmes en el cuerpo de amor espiritual, afianzados en la conciencia del Supremo. A causa de que pocos son idóneos para este trabajo, permanece la raza presa del conflicto, del pecado y de la crueldad. El discípulo ha deseado nacer; ha pasado con éxito a través de la prueba del fuego. Ha cantado la letanía: “Yo estoy dispuesto para ser quemado y consumido, porque eso es el nacimiento”. El ha sufrido a manos de los siete grandes sacerdotes oficiantes. “Toda experiencia ha sido probada por él y consumida en la llama del fuego de Vaisvana”. (*Bhagavad Gita*). Está desnudo y desvalido, despojado de toda ilusión; es un espíritu purificado por el fuego de la purificación. Está ahora comprometido a vivir conforme a la ley de amor, vida la más difícil para el espíritu del hombre encarnado, porque significa la entrada en el pequeño ejército capaz de aceptar y transmutar el mal. Combatir esta fuerza en su propia naturaleza es la tarea del novicio; la acomete continuamente en el campo de batalla de su ser, de encarnación en encarnación. Estando ahora restringido por sí mismo e iluminado, el discípulo, en unión de otros discípulos igualmente purificados, está apto para hacer frente a la grande y terrible fuerza del mal, y disminuir su funesta influencia sobre la raza, induciendo a aquella fuerza a cambiar su carácter. Siendo ya parte del espíritu de amor, emprende la tarea del alquimista que transmuta y cambia. En el esfuerzo de esta banda de trabajadores, en quienes el Cristo está desenvuelto, yace la esperanza de la emancipación de la raza. La humanidad, en conjunto, está demasiado profundamente sumergida en la materia y, también, bajo la influencia del pensamiento material, para ser capaz de desenvolvimiento mientras la fuerza del mal sea tan poderosa. Corresponde a los jefes, a los discípulos y a 108 iniciados que los guían desde más allá de las puertas de la vida material, dar a la raza su gran esperanza y oportunidad. El discípulo que ha triunfado del primer par de opuestos (placer y dolor) en su propia naturaleza, que ha pasado por todos los peldaños de la humana vida en sucesivas encarnaciones, y ha sido completamente quemado en el fuego del sacrificio, puede en adelante mantenerse en pie ante la fuerza del mal, que no puede dañarle, pero él solo tampoco puede cambiar o alterar su calidad. Por esto la Fiesta de la Unión sigue a, la Fiesta del Amor.

Cuando se le pide emprender esta tarea, se encuentra en su propio lugar, del cual no puede ser lanzado, excepto por su propia culpa. Y tan severamente ha sido probado, que no se espera culpa en él. Pero a causa de que la culpa o fracaso son siempre posibles, cada uno hace voto de no desviarse o vacilar, aunque alguno próximo a él, fuese lanzado o removido lejos de él. Entonces sabe cuán grande y pavoroso es el mal; un poder tan tremendo, que el hombre, como hombre, solamente puede como batirlo en lucha secreta y pertinaz, cuando aquel lo ataca en diferentes partes de su naturaleza física o psíquica. Si él viese o conociese cuán poderosa fuerza es esa que arrebatada toda su alma, sucumbiría totalmente, a causa de que no ha entrado todavía en el infinitamente más poderoso poder del amor. El rojo sangre es el color del mal, y cuando a los discípulos los acomete el mal, el amor está con ellos para lavar su mancha, reemplazándola con purísima blancura. Absoluto inegoísmo crea una cualidad cristalina que destruye el ígneo rojo del poder del mal. Esta cualidad creada por el inegoísmo apaga el vívido color de las flores y las piedras preciosas; como si su brillantez fuese oscurecida por brillo mayor, del mismo modo que a la luz del Sol, todo resplandor palidece. Durante el esplendor de la Fiesta del Amor, en lugar del Saber, todas las cosas tienen, para el inegoísta, la blancura de la azucena, aunque otros ven el rojo de sangre y color de fuego. Percibir esa blancura, es posible solamente cuando el corazón se ha abierto, no sólo a aquello que da alegría y placer, sino que también se ha abierto a la gran tristeza del mundo externo, que, sólo al pensar en ella, causa tormento y fatiga. Ninguno, que una vez haya visto esa blancura, puede otra vez descansar en la pereza o la indiferencia. Se ve solamente, en la intensidad de la Fiesta del Amor, cuando el hombre da de sí a todo el mundo sin reserva, y sin posibilidad o deseo de reintegración. En la Fiesta de la Unión que sigue inmediatamente, la Sala parece majestuosa por el color.

Para aquellos que han pasado con buen éxito las pruebas de consagración y de sacrificio, la blancura, vista por un momento que inspira pavor, cede su lugar a las nubes de majestuoso color. Flameantes piedras preciosas fulguran en las murallas; amatistas y zafiros reverberan simultáneamente; una alfombra de nacientes pensamientos como violetas aparece sobre el suelo. Y todas las formas de los hombres, en pie, estrechamente unidos en aquel místico espacio, exhalan la letanía de un puro susurrar, en perfecto unísono.

LETANÍA

- 1.- *No hay más división de caminos.*
- 2.- *Todos los diferentes senderos se han convertido en el Sendero Único.*
- 3.- *Yo soy sólo una parte.*
- 4.- *Yo soy sólo una piedra del Gran Templo.*
- 5.- *Yo soy un soldado del ejército, y no puedo desviarme jamás, ni un punto, del que está próximo a mí; porque si lo hiciese, la marcha de todo el ejército se desordenaría. Por esta razón yo permanezco firmemente asociado con mis camaradas.*
- 6.- *Yo sé que he tomado sobre mí la responsabilidad de todo, cuando entro conscientemente en unión con ello.*
- 7.- *Yo estoy dispuesto para ser lanzado, sin queja, del lugar en que estoy, si me desviare o vacilase bajo cualquiera prueba que cayese en aquellos que están próximos a mí, porque yo sé que mi fuerza nunca puede agotarse, puesto que mis camaradas también resisten firmemente a mi lado; y mientras estemos unidos no podemos caer.*

Téngase presente que las expresiones usadas en estas letanías son místicas. La cercanía de que se habla, el compañerismo y la unión son enteramente espirituales, y no hacen referencia alguna a la cercanía o asociación en el plano físico. Hay, en verdad, una cercanía psíquica, pero no entra en el significado de estas esotéricas expresiones. El discípulo que ha llegado a ser unidad reconocida en el gran ejército, ha penetrado en aquel lugar donde hay huellas sólidas como cortadas en la roca, a causa de que a través de las edades y antes de que el tiempo fuese, cada uno que ha entrado en el gran sendero, ha seguido necesariamente las huellas de aquel que pasó antes que él. Los pasos de todos son idénticos. El que anda es Uno, es el Ego humano que se mueve conscientemente a través de nacimientos y renacimientos y únicamente este Yo superior del hombre, en su plena conciencia, puede darse cuenta de la intensa realidad y estabilidad de la vida espiritual, de cuán brillante es la luz del sol espiritual, de cuán firme es aquello que está bajo los pasos de quien puede andar. La no realidad e impermanencia de la vida física y material son como cosas de un sueño momentáneo para aquel que ha entrado en el estado de unión. El amor solamente puede llevarlo a este estado. El odio es una emoción peculiar a las esferas físicas, un

resultado directo de su constitución especial. El que desea escapar de la vida física puede hacerlo solamente pasando por la Escuela de Amor. No hay otro camino. Por lo tanto, todos aquellos que entran con egoísmo en el sendero de ocultismo y ensayan las prácticas pertenecientes a él, mientras están todavía animados por motivos personales, se convierten en poderes del mal, en hijos de las tinieblas, y finalmente vienen a ser más torpes y materiales que los materialistas mismos. Todo el ser y naturaleza del ocultista es como un jardín cuidadosamente cultivado y no un pedazo de tierra estéril; y si una mala hierba nace en aquel fértil suelo, se agiganta y no puede ser desarraigada durante largas edades.

El ejército de Amor se mueve como un solo hombre, porque no puede haber mala inteligencia o equivocación. La unión es absoluta y ninguna otra cosa es de provecho. ¡Cuántos pasos y experiencias debemos pasar antes de lograr que la unión sea absoluta!. Lo que se llama amor en el ordinario lenguaje humano es el primer paso, y es una perpetua invitación puesta ante nosotros, instándonos para el estupendo ensayo. Cuando el estado de unión oculta se alcanza, puede ser que el más próximo en su verdadero sentido, de quien no es permitido desviarse, esté morando lejos. Es posible que los soldados de este místico ejército, nunca hayan encarnado en el mismo tiempo y nunca hayan cambiado entre sí una palabra humana, aunque a través de las edades hayan estado siempre juntos. El ser humano cuyo más cercano y más querido está en lugar espiritual elevado, y cuya conducta y acciones están gobernadas por la misma ley que la que gobierna a su camarada (lo cual es el significado de no desviarse ni vacilar), es uno de aquellos que son luces para sus vecinos y asociados en el plano físico.

Aquellos que no son capaces de usar el amor como un primer paso, y pasando al más próximo avanzan hasta que pueden pasar esta ceremonia conscientemente, tienen que retroceder una vez y otra vez, no importa cuán fuertes sean sus aspiraciones o cuánta la magnificencia de sus dotes. Porque el que se yergue solo, se yergue para caer.

El amor es milagroso. Se parece únicamente a aquello que es sobrenatural en la vida, a aquello que es divino. Su nacimiento en el alma es maravilloso e inexplicable, como es maravilloso e inexplicable el nacimiento del alma en el cuerpo. Una vez que ha nacido crece firmemente, hasta que tiene la capacidad para apreciar todas aquellas vidas, y para sufrir con todas. Y, así, no importa que en la vida externa se verifiquen cambios alrededor del discípulo”; dentro de sí mismo está ligado para permanecer inalterable, sabiendo que la real unión es indisoluble y que crece más intensa por aparente

separación” Y aun cuando el más próximo y más querido para ti (en el lenguaje humano, tu alma hermana, aquel entre la innumerable hueste a quien más amas), fuese trasladado externamente a un lugar distante, a otro planeta o a otro escabel del trono de Dios, aun así, no tienes derecho a desviarte o a vacilar, sino que debes conservar inalterado el sentido de la unión. El místico sentimiento que ata a los espíritus en indisolubles lazos debe ser capaz de vencer la distancia, de tal modo, que pueda transponer el universo, si fuese necesario; este sentimiento mantiene unidos al maestro y al discípulo, al adepto y al iniciado, al ángel y al hombre. De este sentimiento de unión proviene el estado conocido por Fiesta de Satisfacción, que es una condición de sumo contento, es el yo absorto en el todo. Un discípulo que presencié conscientemente la celebración de esta fiesta en la Sala de Sabiduría, redactó la siguiente descripción que, breve como es, contiene algunos detalles esenciales:

“En mi esfuerzo por alcanzar despierto la Sala de Sabiduría, me pareció al principio haber perdido mi camino. Me encontré en una alta espesura de mirto, todo en flor. Sobre mí se extendía el cielo azul: Por un momento sentí la plenitud de una clara conciencia de aire fragante y fresco, de la luz de sol y de la fuerza y lozanía de las plantas. Después cuando miré, el mirto estaba recolectado y tirado sobre el suelo, cubriendo el gran pavimento de la sala. Alguno que estaba a mi lado me dijo: “Mirad, la cosecha ha sido echada abajo”. El pequeño árbol de la vida personal ha sido derribado, ahora yace bajo los pies del “Uno que manda”, y a cada paso que éste da despide una indecible y dulce fragancia que nunca más se disipará de él”.

Esta fragancia es aquel misterioso producto de las encarnaciones que subsiste con el Ego, cuando aquellas llegan a su fin. Pero proviene únicamente del hollado mirto; el yo personal debe ser antes derribado, abatido y hollado para que la fragancia surja.

LETANÍA

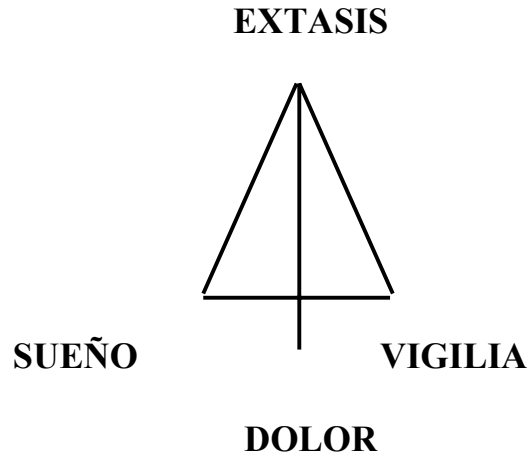
- 1.- *La divina satisfacción ha descendido a mí.*
- 2.- *Yo doy porque mi corazón está demasiado lleno, no puede contener todo lo que posee.*
- 3.- *Yo soy consciente de que el amor es infinito, aunque sólo estoy en posesión de una gota. Por tanto, derribo el pequeño árbol que fue la expresión de mi personal crecimiento.*

- 4.- *Aquí, en el pavimento del lugar del Saber, yace el mirto de mi vida. Después se marchitará y será barrido cuando el pavimento se prepare para la próxima gran Fiesta. Estoy satisfecho de que esto sea así, porque he entrado en el todo.*
- 5.- *Yo soy nada y nada tengo.*
- 6.- *Sin embargo, lo tengo todo y lo soy todo.*
- 7.- *Yo duermo y vigilo al mismo tiempo.*
- 8.- *Dentro de mí está el inmenso contento que es eterno reposo, y el cual una vez alcanzado nunca puede ser perturbado. Mi ser está absorto en absoluta paz. Por tanto, estoy pronto para la incesante actividad; estoy armado para el continuo combate.*

La inmortalidad y el amor no pueden estar separados: ¡Oh, almas dormidas que camináis ciegamente a la muerte, estad prevenidas!. ¡Despertad!. No hay muerte para aquellos que viven en el amor. Mirad, pues, abrid vuestros corazones, y dejad que las verdes hojas de primavera broten en ellos, haciendo nueva vida por loor a aquellos que están velando por que el milagro se opere en vosotros. Aquellos a quienes dirigís vuestros afectos experimentarán también la dulzura de la vida divina, y presenciarán la sublimidad de la resurrección y conocerán el poder de lo invisible.

Cuando “de Uno que manda” desdeña los esparcidos y mustios mirtos, entre los cuales yace el pequeño árbol de su propia vida personal, está preparado para hacer frente a todo infortunio o penalidad, porque se da cuenta de cuán corto es el tiempo que eso puede durar. Solamente aquello que afecta su ser inmortal es de alguna importancia permanente. Esto lo ha conocido intelectualmente el discípulo desde el principio en que su mente despertó. Pero ahora que ha penetrado dentro de la conciencia del todo, lo percibe realmente por primera vez. Aquello que fue él mismo, hace un momento, yace ahora allí convertido en rama marchita. Sin embargo, él en su yo superior lo tiene todo y lo es todo.

El triángulo, signo del neófito o del recién nacido, simboliza la condición de “el que duerme y vigila al mismo tiempo” y el místico estado de éxtasis que surge de esa condición. Luego, dentro de esta condición, se alza la cruz, aquella nueva cruz del sufrimiento superior, el sufrimiento por la humanidad y con toda la humanidad, la cruz en la cual el Cristo del hombre está crucificado, como el mismo Cristo.



CAPÍTULO III

La Fiesta del Nacimiento es la segunda gran fiesta del año, siendo la de la Pascua de Resurrección o Pascua Florida, la primera en dignidad. La Fiesta del Nacimiento es la segunda en importancia Y en dificultad; por consiguiente hay más pocos presentes en ella que en cualquiera otra de las ceremonias preliminares, por la sencilla razón de que son ya bastante fuertes para soportarla. Muchos que han pasado a través de las otras, y que, por la experiencia ganada en ellas, han esperado encontrar en sí mismos fuerzas para esta mayor prueba, han fallado y titubeado a la entrada a la Sala del Saber. Alguno que entra, retrocede a la vista del río que, en su silencio y quietud, efectúa la prueba. Porque a la hora del nacimiento, en el momento supremo, el alma se mira a sí misma en esas aguas. Muy pocos tienen la fuerza necesaria para ello. Quienes han podido resistir esta prueba se unen al canto de la sencilla estrofa que forma la letanía del día del nacimiento.

LETANÍA

1.- Yo deseo el absoluto amor.

El espíritu próximo a nacer dentro de un mundo nuevo, pide amor de aquel mundo. Extiende sus manos desvalidas hacia los que han nacido ya. La petición del niño que acaba de nacer forma la letanía universal del Cristo y del hombre-Cristo.

El color del nacimiento es rosado pálido, y la Sala, durante esta Fiesta se ve de color de rosas silvestres, tanto por los discípulos como por los iniciados. La atmósfera parece estar llena de nubes de luz que parecen grandes manojos de rosas sin hojas verdes. Aquí y allí, en donde el color es más vivo, del centro del matiz más intenso, se levanta de cuando en cuando una llama que se bifurca y proviene del fulgor del pensamiento y sentimiento de la asamblea, que indica el nacimiento de un alma.

El gran río se desliza lentamente, ancho y claro como un espejo inmenso. Los discípulos que entran descienden hasta su margen y miran atentamente dentro de sus abismos por algún tiempo; después dejan el lugar a otros. Muchos, al último momento retroceden espantados, por que en sus

tranquilas aguas han visto formidable visión; para cada uno surge allí y se forma un extraño y terrible cuadro. El discípulo que puede resistir esta iniciación, ve allí su propia vida, su pasada historia reflejada como en un espejo, sin ninguna reticencia, atenuación o lenitivo.

Los hechos están allí en toda su simplicidad sin disfraz ni excusa. Algunas historias contadas por el agua, algunos cuadros expuestos son muy hermosos, porque la vida humana está también llena de bellezas. A veces el observador quedará embelesado ante el inesperado heroísmo de una acción pasada. Otros cuadros resaltarán en vergonzosa claridad; algunos sórdidos, algunos terribles. El discípulo bastante fuerte para resistir esta prueba, permanece fascinado mirando este inexorable registro, esta determinada recapitulación, que no cesa hasta que todo se ha visto, y todo se ha dicho, y el total de la vida está sumado y computado con exactitud. Habiendo observado los cuadros cambiantes hasta que todo se ha dicho y hecho, el discípulo sigue adelante, dejando el lugar a otros y entra en la Capilla del Fuego, en donde el vivo color que se manifiesta en las nubes matizadas de rosa se enardece y produce una grande llama en la que entra el discípulo. Es como entrar en un gran horno candente. El se encuentra impelido a entrar en él, desnudo, desvalido; todas las envolturas y vestiduras (aun las del alma animal) han caído. El que pueda resistir esta prueba, mirará sobre sí mismo y se reconocerá cuando la llama del nacimiento brote del color de las rosas. Los iniciados que vigilan las ceremonias, cuando la llama del nacimiento brota, saben que un discípulo ha soportado la iniciación desde el principio hasta el fin, que quiso nacer y ha nacido.

El iniciado pasa del lugar del color de rosa a un lugar de oscuro silencio. Efectuadas todas las ceremonias y fiestas del nacimiento, comienza un período de vigilia, de ayuno y de oración. El recién nacido tiene que llevar la cruz de la vida superior. La emoción y el deseo le han llevado hasta aquí. Ahora la resistencia y el crecimiento deben prepararle para las experiencias de los meses sagrados que siguen a aquel consagrado al nacimiento. Ante él están ahora las místicas vigiliyas y fiestas en las cuales la muerte, resurrección y transmutación están simbolizadas y expresadas.

El día del nacimiento real y verdadero está alcanzado. Ahora viene la apertura de la puerta de oro, el gran esfuerzo para levantar la pesada barra de hierro que la mantiene trabada.

ENERO: LA VIGILIA DEL AMOR

CAPÍTULO IV

Lo que la luz es a la Naturaleza es el Amor al corazón del hombre.

El Maestro de Amor habla a los discípulos el día de año nuevo, porque al primer mes del año corresponden las vigilias del amor, en que el discípulo se fortalece para resistir las experiencias que lo ponen a prueba y le adiestran lo mejor posible. Las puertas han estado firmemente cerradas, la barra de hierro es pesada y el discípulo no puede levantarla solo.

Las puertas de oro dan acceso a los vestíbulos que admiten a la vida espiritual. Estas puertas no impiden, sino que dan entrada a la vida espiritual. La barra de hierro que las atraviesa no permite que permanezcan entreabiertas y prontas a ceder suavemente al ligero empuje de quien quisiera entrar. Pero la barra de hierro es muy pesada para levantarla y difícil de ser apartada. Tan pesada es, que nadie por sí solo puede levantarla. Pero esa barra de hierro tan pesada, tan recia e inflexible es sólo una ilusión; es la conciencia artificial y temporal que separa y aísla a los hombres. Para quien considera las cosas desde el punto de vista externo, esta conciencia es la única realidad, la única absoluta verdad. Tan profunda es la ilusión en que vive.

El año nuevo, preludio del retorno de la luz y el calor, y del siempre renovado resurgimiento, de la fertilizante vida, trae a los hombres la idea de la esperanza. Aunque las puertas de oro están cerradas y la barra de hierro es pesada, no siempre durará esta condición. Ya vendrá el cambio y se operará el milagro. La resurrección es segura. Recordemos que siempre hay yemas en primavera; y las verdes hojas del corazón también brotarán a su debido tiempo. Y tengamos presente que la Naturaleza superior es tan cierta e inexorable como la Naturaleza inferior; y las leyes de lo máximo pueden aprenderse estudiando las de lo mínimo.

Así como el Sol retorna trayendo vida y belleza al mundo natural, así la divina luz retorna siempre trayendo amor, lo más bello de todas las cosas. El corazón se vuelve árido por la tortura. La desilusión, el pesar, la aflicción, el remordimiento y la vergüenza lo despojan de sus verdes hojas y las arrojan al suelo en dónde se marchitan, pues son el cierzo agudo y la cruel helada de la

Naturaleza del hombre. Parece que la juventud y la alegría se han desvanecido para siempre. La fe, que es conocimiento inconsciente, es necesaria para el discípulo que quiere tomar parte en este milagro. Las “Palabras del Maestro de Amor al discípulo” están dirigidas a quienes han alcanzado este punto, para alentar a los que pudieran desmayar y retroceder desde el mismo umbral de las áureas puertas, porque su conocimiento no es todavía bastante perfecto.

Si el obediente tiene paciencia y voluntad firme para resistir repentinamente se encontrará revestido de nuevo con brillantez y poseído del divino ardimiento, La fe obra este milagro; pero no la fe en un credo o altar, sino en la invisible vida y sus leyes de reaparición. La fe y la confianza han de Ser cualidades esenciales en el discípulo.

Enero, el mes de la génesis del alma espiritual, está consagrado al ceremonial de la Escuela del Amor en los planos superiores Y cada aurora, cada mediodía, cada ocaso y cada media noche del mes, tiene su plegaria que ha de pronunciar al unísono toda la asamblea. Estas plegarias sólo pueden ser conocidas de aquellos que han entrado en la Escuela. Los otros discípulos reciben la doctrina de la Escuela de labios de uno de sus Maestros, en esta estación; Y cuantos formalmente procuran, entrar en el alto sendero, toman parte en esta vigilia durante todo este mes. El violeta intenso que es el color de amor, llena la Sala de Sabiduría durante toda la vigilia Y el discípulo puede saber, por la percepción de este color, si ha obtenido la entrada en la Escuela y qué grado de adelanto ha alcanzado en ella. La observancia de esta vigilia da fuerza al discípulo para resistir las últimas fiestas de los místicos meses; por esta razón conviene entrar continuamente desde el principio hasta el fin de estos meses místicos, en la Sala del Saber, porque la fuerza dimana como de una fuente cuando los Maestros del Amor se reúnen.

En el Festival de la Resurrección, solamente son aptos para entrar en la Sala del Saber, los miembros aceptados de la Escuela.

El discípulo que quiere entrar en la Escuela del Amor, debe pasar por una rigurosa preparación, y debe haber alcanzado las cinco cualidades y siete atributos que caracterizan a estos estudiantes. Las dos primeras cualidades son fe y confianza; la tercera es el don de caridad, la benevolencia que hace del perdón de las ofensas un acto natural y espontáneo. Cuando el discípulo alcanza esto, entrega todas las armas ofensivas o de guerra. Ya no desea poder o placer o reposo para sí mismo o para alguno de aquellos a quienes ama. Todo impulso de combate contra cualquiera otro, aún por defensa de sí mismo, ha desaparecido de una vez para siempre. Entonces el discípulo se convierte en paloma de blanco plumaje. Si se manifiesta el poder en él, o usa

de la fuerza, tal poder y tal fuerza provienen de la Gran Fraternidad del Amor, no de sí mismo. Está dirigido por su Maestro. El poder y la fuerza pueden ser instrumentos igualmente del bien o del mal; y los hombres, aun actuando por motivos elevados, obran frecuentemente el mal cuando ejercitan el poder y la fuerza. Al ejercitarlos, el discípulo no debe confiar en sí mismo, a menos que sea muy adelantado estudiante de esta Sublime Escuela; y sepa que Aquellos más sabios que él, están actuando en él y a través de él. Así, pues, el discípulo antes de entrar en esta Escuela, solamente puede ser un estudiante, no un agente activo entre los hombres. De consiguiente, debe el discípulo sufrir la necesaria preparación y examinarse constantemente para cerciorarse de si ha alcanzado las cualidades y atributos requeridos. Las cualidades son:

Primera; la Facultad de la Fe, o conocimiento intuitivo.

Segunda; la Divina Confianza, o la firme e inextinguible esperanza.

Tercera; el Don de la Caridad, o perdón de las ofensas.

Cuarta; el Poder del Amor Puro que da sin esperanza de correspondencia.

Quinta; la Conciencia de lo Invisible, o el Conocimiento de la Naturaleza superior.

Los atributos son en parte psíquicos y en parte intelectuales. Discernimiento, razón, justicia y honor, son discernibles por la mente humana y por esto se llaman intelectuales. La visión del ojo interno, la audición del oído interno, el sentimiento del tacto espiritual son puramente psíquicos, y su uso es para el discípulo la iluminación espiritual. Hay muchos más atributos psíquicos que se desenvuelven a medida que el hombre psíquico llega a su pleno conocimiento; pero los ya mencionados son necesarios antes de que el discípulo pueda aprender la primera lección en la Escuela del Amor, esto es, antes de que pueda recibir la primera iniciación.

El que entra en la Fraternidad del Amor debe abandonarlo todo, aun su propia alma. Antes de que pueda reconocerlo la Fraternidad del Amor, debe pisotear a su yo inferior y ponerlo debajo de sus pies, asentando su pie sobre su cuello. Antes de que pueda conocer por sí mismo la existencia de los Maestros del Amor, debe haber destruido aquella obcecante herejía que hace a los hombres ansiar vida separada. Antes de que se pueda darle bienvenida la debe reprimir su naturaleza y obligarla a permanecer en silencio y quietud. De otro modo, sus gritos de misericordia sofocarían la bienvenida que se le diese. No debe tener piedad para ella, por que si la tuviese procedería contra él.

Únicamente por las emociones se puede ser admitido en la ciudadela del alma; únicamente por medio del corazón puedes alcanzarte a ti mismo. Por medio del amor debes aprender. Complácete en este prodigio, despójate de todo ropaje. Examina tu corazón y tus emociones, rigurosamente y sin vacilar. Conducete así, no solamente con tu propio corazón, sino con el de tus genuinos compañeros. Únicamente de lo que sean tus compañeros puedes obtener la verdad. Sufre alegremente, sabiendo que el sufrimiento consume las partes groseras de tu yo. En la experiencia del corazón y en las lecciones del amor hay profundo placer y aguda tortura. Si os prestáis alegremente a la tortura, más pronto acabará. Mira en tu propio corazón resueltamente y aprende de él. No temas los dicitos que tu yo animal lance contra tu Yo Superior. Desafía los bajos instintos que te arrastran para atrás, hacia la inconsciencia. El discípulo que solicita entrar en esta vigilia, debe recordar que equivale a solicitar el sufrimiento, que aceptará prontamente la solicitud y lo afligirá con un rigor que para el hombre ordinario es insoportable.

La demanda para adquirir la conciencia psíquica, ha de reiterarse muchas veces, antes de obtener la visión del ojo interno, la audición del oído interno y el sentido del tacto espiritual. Muchos discípulos ambicionan estas facultades y año tras año entran en la Sala del Saber en las vigilias de Amor y las demandan; sin embargo, aún permanecen ciegos y sordos, y con un sentimiento de soledad abrumador. Si ellos se examinasen a fondo, es probable que los atributos que son parte del carácter humano y que han de ser desenvueltos en la humana vida, no estén todavía plenamente alcanzados. Estos son discernimiento, razón, justicia y honor. Hasta alcanzar estos cuatro, no puede el discípulo entrar en experiencias psíquicas, porque su desenvolvimiento debe ser perfecto e igual como los pétalos de la flor de loto; y su propia naturaleza debe abrirse de acuerdo con la verdadera ley, equilibrada y completa, como se abre el capullo de la flor perfecta. Por tanto, no alcanzará la conciencia psíquica hasta que esté dispuesto para usarla rectamente. Si un hombre que llega a ser discípulo, deseando pisar el verdadero sendero del desenvolvimiento, alcanzase la conciencia psíquica antes de tener el perfecto equilibrio moral requerido, su primera amarga experiencia sería la pérdida de sus sentidos internos. A causa del peligro envuelto en su posesión se le priva de ellos hasta que pasa por rigurosas preparaciones y pruebas. Esta es la sencilla explicación de la diferencia entre los dones del ocultista y los del espiritista. Los espiritistas se apoderan de los dones sin la necesaria preparación y pueden estar en sus cuerpos psíquicos entre buenos o malos compañeros. Cuando los sentidos psíquicos del discípulo

se abren, se encuentran en su propio lugar, en su propia escuela. No vaga por los caminos reales y veredas de la vida astral, tan llenos de peligros como los de la tierra; ha de ocupar su puesto y hacer la obra que se le asignó; debe permanecer firmemente en su puesto y hacer su labor, sin intervalos. Y cuando, por haberla cumplido, esté suficientemente avanzado, conocerá la presencia de los miembros de la Escuela, sus verdaderos compañeros, que en sentido místico, están cerca de él.

“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos”.

Donde dos o tres compañeros de Amor se conocen unos a otros, perciben también la Sublime Figura, de pie, en medio de ellos, de Aquel, entre los Avatares, que prometió permanecer entre nosotros hasta el fin del mundo. Él nunca nos ha dejado ni nos dejará. En los espacios etéreos se mueve entre los hombres que sufren y se les aparece en momentos de extrema agonía. En el mundo psíquico está entre los discípulos, incesantemente ayudando a nuestros espíritus a levantarse hacia lo alto, y mostrándonos el Camino, la Verdad y la Vida. Muchas veces debe el discípulo pasar por las pruebas y purificaciones de todo el año místico, antes que sea posible el reconocimiento de los “dos o tres reunidos”. Esto no es necesario para ver a Cristo, quien vino para publicanos y pecadores, y viene todavía para ellos. La única cualidad que se necesita es la de total arrepentimiento, o extremo sufrimiento. Mas sólo puede ver, oír y sentir de los “dos o tres”, y conocer la Sublime Figura entre ellos, quien sea capaz de permanecer firmemente en su lugar, y que nadie logre arrancarlo de él.

Muchos, muchísimos discípulos; están presentes en las últimas Ceremonias, año tras año, sin poder entrar en las pruebas ni recibir las iniciaciones. Pero acopian fuerza y conocimiento con sólo ser espectadores de los místicos ritos. Las pruebas están fuera de la capacidad de los espíritus aislados, sometidos todavía a la ilusión de la separatividad. Solamente cuando el reconocimiento entre sí de los verdaderos compañeros tiene efecto en la vida psíquica, es posible la plena iniciación. Ninguno puede levantar por sí mismo la pesada barra de hierro. Cuando la separatividad empieza a debilitarse, un sentimiento abrumador de soledad invade al discípulo, porque aquellos con quienes se encuentra, o de quienes está rodeado en el plano físico, no son aptos para ser sus verdaderos compañeros, y sí lo fueren, no es capaz de reconocerlos con los sentidos físicos. Sabe que en esta asociación

espiritual no se ha de buscar amor o amistad externos, por muy profundos y puros que sean. Quienquiera que busque esta asociación dentro de una atracción física, dirige su esfuerzo en dirección extraviada, y esto le acarrea su propio castigo. Solamente en las vigilias y ceremonias ocultas se efectúa el reconocimiento de los verdaderos compañeros espirituales. Si cuando os viniere la conciencia de vuestros verdaderos compañeros, encontráis uno que sea vuestro amigo en la tierra, entonces de cierto habréis adelantado mucho en el alto sendero; porque la capacidad de reconocer, lo mismo en el plano físico que en el psíquico, la asociación con un compañero espiritual, significa que el hombre verdadero ha desenvuelto ya un pétalo de su flor de loto y percibido su fragancia por el sentido externo. Este maravilloso acontecimiento debe venir de lo alto; significa que dos iniciados están predestinados, o se les ha permitido encontrarse en la tierra, como un prodigio en el lapso de un eón. Nadie, sino un alto iniciado, sabe distinguir con su conciencia externa el lazo entre amigos y descubrir su verdadero carácter.

CAPÍTULO V

Quien ha visto siquiera una vez la albura y pureza de la Fiesta de Amor, nunca más puede apetecer la desidia e indiferencia en que viven sumergidos los hombres y en la cual también muchos discípulos se detienen en las primeras etapas. De allí en adelante ya es imposible. El corazón se abre aún para aquellos cuyas acciones causan pena y desaliento con solo pensarlas. Cuando el discípulo ha asistido a la Fiesta del Amor muchas veces, y ha pasado sus pruebas, y ha penetrado sus misterios, entonces, la intensidad de color desaparece, el carmesí de la pasión y la llama del deseo se desvanecen y todo es blanco como la azucena. Cuando el discípulo ve esto, puede decir que ha entrado en el primer grado de la Blanca Fraternidad que existe en el cuerpo del amor, y del cual es su corazón y centro. Después viene la superior maravilla de la Voz del Silencio que llega suave y misteriosamente como un pulso batiente, un poco más perceptible que antes, y con paulatino y singular progreso llega a ser definitiva y clara. No llega como un sonido milagroso que penetra en la inteligencia en raras ocasiones, sino como un constante guía y consejero por cuyo medio llegan las órdenes al espíritu del hombre, y de tal manera las comprende por su inteligencia material que, no solamente las obedece, sino que sabe que han de obedecerse tan cierta y absolutamente como las leyes de la Naturaleza. Recibe órdenes personales y se le enseñan los pormenores de la vida del discípulo adelantado, sin necesidad de maestro externo que lo guíe. Se le dice cómo ha de mantener la requerida concentración diaria por un período no interrumpido durante los seis meses sagrados; cómo ha de presenciar las fiestas y ceremonias místicas, mientras sea incapaz de soportar sus pruebas; cómo ha de intervenir en el gran drama e incorporarse a su trágico proceso, aunque todavía no sea iniciado. Cumplida perfectamente esta difícil tarea, le cabe esperar que el próximo año levante la pesada barra de hierro y entre plenamente en las ceremonias y pase con seguridad, aunque con sufrimiento, por todas las pruebas.

Si quien hubiese visto la blancura de la Fiesta del Amor, deseara abandonar la batalla y ser otra vez como uno de tantos indiferentes, le será imposible. Una vez abierta la flor, aunque sea en un solo pétalo, nunca vuelve a ser capullo. El espíritu se ha despertado y debe esforzarse y trabajar en su rumbo señalado, sin más tregua ni descanso, que el de la recóndita conciencia

que mantiene el espíritu seguro durante el arrebató y la confusión. Este bendito refrigerio es ahora suyo por derecho propio, porque en sus profundos abismos llegó a conocer el pavoroso reposo infinito. Al despertamiento del espíritu acompaña la mirífica conciencia de las presencias circundantes de un compacto ejército cuyos miembros permanecen íntimamente unidos y ligados, no por mandamiento o estatutos, sino por el unísono batir de los corazones, por el común anhelo que llena todos los espíritus, por la unidad de aspiraciones que a todos anima.

Los miembros no desarrollados de la raza humana están envueltos en la ilusión donde se mueven como en una neblina, y así imagina cada cual que es un ser separado, capaz de actuar solo y de tomar para sí todo lo bueno y valioso de la vida, con sólo ser bastante fuerte y decidido y absolutamente egoísta. ¡Cuán palpable desilusión es esto para quien mire un poco más allá del perfil de su forma!. Considerad por un momento el constante flujo y reflujo de la Naturaleza, y veréis que el contorno sólo es una parte temporal y pasajera de ella, que cambia y varía incesantemente. Si fuese posible la separación del cuerpo de su ambiente, resultaría la muerte. Así sucede con el espíritu. Nunca puede estar separado de su ambiente espiritual. El estar aislado por la forma es ilusión. De consiguiente el espíritu del hombre no exige otra cosa que despertar a las realidades de su ser y alcanzar la plena conciencia. Entonces todo es suyo; los ilimitados espacios, los mundos de la vida espiritual, el corazón de amor que es el hogar del mundo, a donde todo llega a su debido tiempo para encontrar cordialidad e infinito solaz. Recordemos que el alma animal del hombre y su espíritu divino no pueden estar en plena actividad al mismo tiempo. Uno de los dos debe estar en suspenso. En el hombre de mundo está en suspenso el espíritu divino. Cada cual elige por sí, cuál de los dos ha de predominar y crecer y fortalecerse como un gigante, mientras el otro se va haciendo más débil, menos activo y menos capaz de acción. Su elección será la del propio deseo; ninguna otra le será provechosa. Para los esclavos no hay lugar entre los discípulos, ni pueden entrar entre ellos. El que decide ir por el alto sendero, va porque desea ir, y así los sufrimientos son para él deleitosos y de este modo entra en éxtasis. Después viene el extraño conocimiento de que el placer y el dolor son dos aspectos de una sola cosa, aunque al hombre ordinario le parezcan completa y absolutamente disociados y tan opuestos como los polos.

Mantened vuestra alma animal quieta, mientras conversáis con vuestro divino yo; pisoteadla y obligadla a servir; pero no intentéis matarla antes de tiempo, pues volvería otra vez a la vida, y de pronto se os pondrá en frente

bajo repentina nueva forma, llenándoos de desaliento y de temor. No podéis matarla. El único medio de libraros de ella es hacerla vuestra sierva, transformando sus fuerzas en divinos poderes y transfiriendo vuestro interés a ellos. Obrando este milagro, todos los poderes Sutiles y benéficos de la tierra y del cielo os ayudarán silenciosa, pero resueltamente, porque estáis obedeciendo sus leyes. El asceta se opone a las leyes de la Naturaleza inferior y a las de la Naturaleza superior, y así viene a ser un proscrito, un extraño, que ha de luchar solo, tropezando irremediamente a lo largo de un camino sin esperanza. Está condenado irremisiblemente al fracaso, porque quien anda solo no levantará la barra de hierro.

Reconocida la no separatividad, debéis tener presente que la Naturaleza inferior y la Naturaleza superior actúa en líneas análogas y bajo leyes de correspondencia. Cuando se llega al umbral de la vida oculta, es necesario tener fe y confianza a fin de entrar en la recta dirección, porque la Naturaleza superior es desconocida e invisible. Pero una vez despierta la conciencia espiritual y abiertos los sentidos psíquicos, reconoceréis y efectuareis inmediatamente la no separatividad. Mirad entonces alrededor de vosotros y notareis el poder fundente de la vida espiritual. Mirad cómo la conciencia del Maestro es la del discípulo, como la madre y el niño intercambian pensamientos inefables. El amor más grande de todos es el del Maestro por su discípulo. Padre y madre, amante y amigo, es tñ para quien está aprendiendo, para quien en ti se apoya, y ha entrado en el cuerpo de amor, del cual es parte integrante.

Una vez eliminado el sentimiento de separatividad, se vence el mayor obstáculo para entrar en el sendero del poder. Sus peligros se han alejado también. Porque cuando el hombre alcanza este estado de adelanto, se vuelve completamente inegoísta y todo poder que alcanza, lo usa para bien de todos y no para él mismo. “El poder que el discípulo debe anhelar lo hará aparecer como nada a los ojos de los hombres”. Esta es la regla escrita con ígneos caracteres en el muro de la Sala de Sabiduría, que durará allí mientras el mundo dure.

El hombre solamente puede construir su naturaleza física y crear su naturaleza divina fuera de ella, cuando sabe que ni ésta ni el poder animante en ella son suyos propios, ni aún son él mismo. Cuando reconoce esto, ya está dispuesto para construir su cuerpo de nuevo e introducir en él una forma digna de la inmortalidad.

Cuando se considera separado de otros, aun de cualquiera de cuyo pecado abomine o en cuyo odio haya incurrido; mientras tenga cualquier

deseo para sí mismo, aun el deseo de descanso o de quietud, estará ciego y sordo y desamparado en presencia de los Grandes Seres. El amor humano concluye con la humana vida; por esto es necesario conocerlo y experimentado de lleno, porque sus lecciones son parte de las experiencias de la peregrinación del hombre. El amor, la satisfacción, el sentimiento de unión dimanante de allende la vida humana son indeciblemente más dulces e intensos que cualquiera emoción humana; pero mediante las emociones humanas debe alcanzarlos. No hay otro camino para los hombres; Luego el conocimiento llega a ser inherente al hombre, y en adelante no le afectarán, el placer ni el dolor, sino que se habrán convertido en una nueva y perdurable emoción. El mirto, el arbusto de la vida personal, ha crecido hasta su plena altura; llegada la época de su florecimiento, con los ojos de sus flores, podrá mirar los cielos que están dentro y fuera de él; ahora yace abatido, sólo es una alfombra perfumada en el templo de la devoción. El amor espiritual es la atmósfera o más bien el éter espiritual donde las esferas espirituales giran y se mueven en sus órbitas. Cuando el discípulo está versado en este conocimiento, empieza su actividad espiritual.

Lo que en el lenguaje humano se llama amor, la pasión despierta por el contacto de dos personalidades, no es tan sólo el medio por el cual las generaciones vienen a la tierra. Los hombres cuya vista y conocimiento se contraen a las cosas materiales, piensan que esto es así; pero quienes han levantado sólo un poco la barra de hierro que cierra las puertas de oro, saben bien que la pasión que los hombres llaman amor tiene mayor utilidad que la creación de la vida en este mundo, pues también crea la vida en el más allá. Es el anillo que enlaza tierra y cielo, las cosas materiales y las cosas espirituales. Tarde o temprano todos lo experimentan en mayor o menor grado. El ser humano más endurecido tiene algún sentimiento afectuoso por algún otro ser, por su anciana madre, o un niño desamparado. Hay siempre en la armadura de todo egoísta una grieta inevitable como el nacimiento o la muerte. Puede ser un esfuerzo aparentemente estéril, escasamente digno de registrarse en los anales del tiempo o bien puede alcanzar espléndido crecimiento, despertando al alma a la vida del amor espiritual. El hombre en quien la pasión persiste sólo como pasión, continuará siendo únicamente hombre. Y entre tanto para él la tierra continuará girando y el sol brillando y las verdes hojas brotarán anualmente en los árboles sin significado alguno, y la primavera enviará su mensaje de resurrección sin que él acierte a escucharlo.

Las amarguras de la vida y sus experiencias en contacto con quienes viven entre el odio, el rencor y la codicia, cuyos espíritus están ciegos y

sordos, secan el corazón como árbol en invierno. Si no viésemos anualmente brotar de nuevo las verdes hojas no podríamos creer en la resurrección de la naturaleza, cuando contemplamos la tierra aterida por el hielo. Pero el experto jardinero, antes de sobrevenir la escarcha, ve los menudos puntos moreno púrpura, promesa de las nuevas yemas, y sabe que escondidas bajo la escarcha están abrigadas por el calor de la sutil vida de la tierra que alimenta el crecimiento de las plantas. Así sucede con los corazones de los hombres. El Maestro, el iniciado, el sabio en la ciencia de la naturaleza humana, jardinero de hombres, los vigila y custodia mientras pasan las amargas pruebas que semejan la muerte espiritual, sabiendo plenamente que la yema de vida allí oculta, brotará y se abrirá cuando acaben la angustia y amargura.

El hombre debe morir y la pérdida de un ser amado es el más hondo pesar que la vida tiene para nosotros. Pero esperad. Sobre la memoria del amigo muerto brota un místico germen, como brota una flor sobre la tumba; y en el porvenir, un nuevo amigo puede estrechar vuestra mano y hablaros de él, y sus palabras y pensamientos darán exuberante lozanía al brotado germen. Ambos pueden ser vuestros verdaderos compañeros, y entonces no os separareis de ellos; pero si no lo son, la separación es inevitable. En el valiente corazón de ánimo fuerte, el amor se despierta triunfalmente y explaya sus verdes hojas, como las verdes hojas de la Naturaleza, suaves, delicadas, frágiles, fáciles de arrancar, y sin embargo, invencibles en su periódica vida y belleza y como el discípulo sabe que el verdadero amor da y no pide, ama sin cesar al que se ha ido, tanto como al que está con él.

Las emociones del corazón, - pasión, celos, esperanzas y temores -, que abruma a los hombres de cuando en cuando, pueden impelerlos a la fiebre y de la fiebre a la locura, porque están ciegos, son ignorantes Y no saben cómo construir sus divinos seres fuera de sí mismos. Cada gota de su sangre puede convertirse en parte de su ser espiritual, Y esta transmutación es lo que de él se requiere.

¡Todo poder poseído por el hombre es suyo por designio divino, y cuando destruye o descuida cualquiera parte de su naturaleza, es desleal a su confianza. El ser espiritual debe levantarse armado y perfecto!.

Por las emociones sois admitidos en la ciudadela del alma. Por medio del corazón os alcanzáis a vosotros mismos.

Por la transmutación de las emociones se cura la fiebre de la vida, se cura y de desecha su frenesí.

Transformad todo sentimiento en poder.

Mabel Collins – Cuando el Sol Avanza Hacia el Norte

Convertid la emoción en propósito, la fiebre en fuerza, y el frenesí en divina confianza.

FEBRERO Y MARZO: VIDA HUMANA Y MUERTE HUMANA

CAPÍTULO VI

¿Cómo se, efectúan estas transformaciones?.

El mes de Febrero está consagrado a la vigilia de la preparación, durante la cual se han de dar tres pasos o subir tres peldaños de la escala. En ciertas escuelas psíquicas, el mes está dividido en tres períodos de nueve días cada uno. Estos peldaños significan respectivamente, la adquisición del dominio de sí mismo, la propia confianza y la obediencia. Estudiando y alcanzando estas tres cualidades llega a ser inteligible el misterio de la enseñanza del Amor.

La vida es astral en singulares momentos, los cuales difieren del resto del tiempo, en razón de que en ellos han de tomarse eficaces decisiones que sólo es capaz el Yo superior. Cuando estos momentos llegan, el hombre, o está enteramente desamparado ante ellos o bien se da cuenta del momento de que su decisión no puede estar contrariada por ningún afecto mundano. Los acontecimientos de la vida se encadenan sucesivamente con el misterioso silencio del crecimiento natural y conducen al hombre por sutil e imperceptible progreso a uno de estos grandes momentos, en los cuales se encuentra precisado a tomar una decisión de tal carácter que todo su ser ha de intervenir en la lucha. El hombre que en estos momentos está desamparado, no resiste tales pruebas, cede al sentimiento y a la emoción, y es presa de la fiebre y de la locura. El discípulo no. Permanece firme e incommovible en el campo de batalla de su naturaleza, en medio del tumulto y confusión de la vida, y resueltamente efectúa la transmutación interior: El sentimiento que experimenta y la agonía de la emoción que una intensa vicisitud de la vida despertaron pueden transmutarse en poder, y aplicarse a un gran fin. El motivo más elevado y más noble que pueda ver o alcanzar, debe ser su guía. La acción menos egoísta posible debe ser la de su elección. Si se adhiere firmemente a esta norma, cuando menos piense encontrará que la fiebre disminuye, y que aquellos que lo rodean son sensibles a una fuerza emanada de él, que los impele también hacia lo alto, y los conduce a obedecer los motivos más, elevados, que ellos conocen. Entonces la desesperación y la

miseria capaz de producir locura en los hombres ya no los domina, sino que repentinamente se trocarán en confianza y en poderes invisibles y benéficos; y libres del vórtice de pasión o del mar de sufrimientos, los espíritus de aquellos que están envueltos en una intensa vicisitud de la vida, salen de ella purificados. Esta es la tarea del discípulo en la vida diaria, y en el trato humano; por este vivo esfuerzo transforma el mal en bien en las vidas de quienes le rodean. Cuando se obra de esta manera, la vida toda viene a ser pensamiento, porque no hay acontecimiento tan sencillo que no contenga una lección para el estudiante. No hay detalle en la vida diaria demasiado trivial para considerarlo fútil, pues hay buenos pueden dimanar de lo trivial.

Este período del año simboliza e ilustra la experiencia hombre entre su nacimiento y muerte. Esta experiencia es para el ignorante lo que al hombre es y solamente es la preparación para la muerte física, y para la transmutación que a ella debe seguir, y que, cuando el discípulo está bien preparado, en verdad sigue. Esta larga vigilia con sus meditaciones y plegarias varias, se mantiene desde que se completan las Ceremonias del Nacimiento, hasta que se alcanza el tiempo de la crucifixión. En esta hora profundamente misteriosa y singular idea del hombre crucificado está presente en todas las mentes por toda la Cristiandad. La obra especial del Cristo fue mostrar y esclarecer el significado de la cruz, símbolo que ha existido en todos los tiempos pero que ha sido confusamente comprendido. La tarea del último Avatar fue levantarla en alto ante los ojos de los hombres e hincar en sus corazones. El Hombre crucificado en el tiempo y en el espacio resulta del nacimiento del espíritu en la materia. En el mundo psíquico el espíritu del discípulo sufre la más alta crucifixión, sufriendo con toda la raza humana, como el mismo Cristo sufre todavía. El niño venido a la existencia, ha obtenido aquello que pidió; ha crecido y se ha hecho bastante fuerte para sufrir, y debe sufrir la mayor pena y dolor de aquella condición que llamamos vida, tanto física como psíquica.

El discípulo que ha concentrado su atención en las ceremonias y Fiestas del Nacimiento, que simbolizan su voluntad para descender a la materia y entrar en la vida humana, ha presenciado el Ceremonial. Si hubiera sufrido todas las pruebas, habría pasado al más allá, superior ni modelo que aquí puede darse.

La única prueba que verdaderamente ha sufrido es la que acompaña al deseo de nacer.

Ninguno puede entrar en las Letanías de la crucifixión ni llevar la vida del Cristo, hasta que ha dado los tres pasos hacia la perfección que se enseñan en este período.

El Maestro que explicó el significado de la cruz, y dio fragmentos del ritual de la iniciación a sus discípulos, para hacer la vida del Cristo, no predicó ascetismo o apartamiento de los hombres, porque sabía que las pruebas necesarias han de sufrirse en la vida humana, en contacto con los hombres. Para esto existe la vida humana. El ritual oculto y místico se ejemplariza y realiza en la vida diaria del mundo cuya finalidad es el despertamiento y purificación del espíritu del hombre en la materia; lo cual solamente es posible a través del corazón y sus emociones. Tales son los pasos que han de darse antes de que estas emociones puedan ser siquiera oscuramente comprendidas, en vez de ciegamente sentidas.

Está reconocido que el dominio de sí mismo es cualidad propia del hombre ambicioso. Para el discípulo que intenta alcanzar algo más grande que cuanto pueda pretender el hombre ambicioso, esta cualidad significa el dominio del yo inferior de tal modo, que obedezca siempre los dictados del yo superior. El dominio de sí mismo, enseñado por la ambición, es una armadura o escudo para proteger al hombre de los demás hombres y no se relaciona con el estado interno del individuo. El beneficio permanente que se obtiene de tal dominio, es la fuerza para triunfar sobre los otros hombres. El dominio de sí mismo enseñado en la vida mística es aquel que envuelve la purificación del corazón. Es el dominio del yo inferior de la humana naturaleza, por el Yo superior, el Guerrero. Esto sólo puede alcanzarlo aquel cuya dirección está fija, que sabe que desea desenvolvimiento espiritual, más bien que otra cosa y que reconoce esto siempre, sin sombra de mudanza.

El yo inferior no debe aniquilarse, porque está en el corazón del hombre, como una raíz en la tierra, de la que brotará un corpulento árbol. Debe obedecer las leyes de toda vida natural: crecer, fortalecerse y después agotarse por la experiencia, pero estando completamente bajo absoluto dominio.

Durante el período llamado vida humana debe alcanzarse en toda plenitud el amor humano y quedar extinguido antes de sobreponerse a él. Por el vencimiento del yo inferior en las intensas experiencias del amor y el sentimiento, de la alegría y la angustia, del esfuerzo y la derrota, del éxito y el fracaso, se efectúa el milagro de la transmutación en la naturaleza del hombre. No hay otro camino, porque el sendero conduce a través de la vida humana, a la vida del más allá. Cuando uno se separa de la humanidad, deja el sendero;

se desvía y ha de desandar camino. Por que el propósito de experimentar las humanas emociones y aprender de ellas, mueve a los espíritus a descender a la materia, y a ser crucificados en el tiempo y el espacio. Este es el significado del antiguo símbolo de la Cruz, que aparece primero sin la Figura, simbolizando el misterio de la creación en el tiempo y en el espacio, y todas las condiciones de la vida material. Cumplido esto, aparece la Figura entrando conscientemente en las experiencias de la vida, dentro de las limitaciones de los pares de opuestos. Así como la esvástica, se encontró la Cruz en los ladrillos de Caldea, y en el antiguo Egipto apareció en forma de ansata. Los conquistadores españoles encontraron en México a la Cruz, donde la llamaban “El Árbol de Nuestra Vida”. Se la ha descubierto también grabada en la espalda de las gigantescas estatuas encontradas en el continente sumergido en el Océano Pacífico; y en la India es el símbolo más antiguo que se encuentra en sus Libros Sagrados, de cuya antigüedad no puede la mente humana darse cuenta. Las deidades egipcias llevaban la Cruz ansata como símbolo de la divinidad en el hombre.

Aquellos que viven con el sólo objeto de obtener placer y evitar el dolor, no solamente retrasan su curso hasta que puedan seguirlo rectamente, sino que el deseo de la experiencia es más y más intenso, y la tortura más definida y aguda. Porque al hombre que no quiere aprender se le ha de enseñar, y encarnación tras encarnación, los estudiantes remisos no tienen más remedio que aprender, por el rigor de las pruebas y la intensidad del infortunio.

CAPÍTULO VII

El segundo paso, la obtención de la Confianza en sí mismo, compele al discípulo a invocar al Guerrero, su Yo superior. El hombre que adquiere confianza en sí mismo en la experiencia de la vida diaria, puede confiarse en la guía de su intelecto o de su alma animal, siendo capaz, en todo caso, de negociar con intereses egoístas en provecho del yo. Pero el discípulo ha de decidirse a tratar cuestiones relacionadas con el bien ajeno, con el bien de todo el mundo; y está obligado a hacerlo así sin el auxilio de su Maestro, o de cualquier otro guía; excepto el auxilio de la luz del Logos que existe oculta en su interior, a fin de que adquiriera la confianza en sí mismo adaptada al servicio interno.

El alma animal del hombre, iluminada por el intelecto, entra en el palenque de la vida como una bestia salvaje dispuesta a procurarse su presa, siguiendo solamente los instintos del ataque y de su propia conservación. Conducido por este impulso, el espíritu del hombre se encuentra sacudido de aquí y de allá, luchando desesperadamente por lo que es indigno después de obtenido; asociándose con la multitud, y con los desesperados que matan y mueren, según los azares de la guerra, sin objeto y sin designio.

Busca al Guerrero ahora, y escúchalo cuando exclame: “Esta es sólo una lucha para romper juguetes; ésta no es parte de la gran preparación”.

Para el discípulo, la vida humana en general, viene a ser una consciente preparación para aquello que la seguirá únicamente cuando haya pasado las experiencias asignadas por medio de los pares de opuestos; cuando haya sufrido todas las angustias de la imperfección y del como bate; cuando haya sido hombre y mujer, feliz y desgraciado, rico y pobre, magnate y ganapán, exaltado y abatido, gobernante y gobernado. Con las lecciones y experiencias de estas opuestas condiciones almacenadas en su memoria espiritual y mantenidas firmemente allí, como una posesión inapreciable, pasará a través de la vida una y otra vez, observando incesantemente para notar si aprendió bien todas las lecciones. Donde quiera y siempre que las emociones que experimente le muestran que las lecciones han sido incompletamente adquiridas o las decisiones hechas con vacilación, resueltamente, vuelve atrás, para ir otra vez sobre el mismo paso, buscando otra encarnación similar en que pueda completada con éxito. No se le dice que ha de repetir la lección, pues, la

repetición no tendría valor alguno, si fuese hecha a petición de otro, aún del más elevado adepto. El discípulo debe confiar en su propio juicio, y tener fe en su propia observación. También el sacrificio de volver atrás y reanudar sus pasos, debe ser hecho voluntariamente y por su propia iniciativa, no por obediencia. A causa de esta vuelta sobre sus pasos, sienten los hombres la extraña sensación de familiaridad en los momentos agudos y críticos de su vida. Aun los hombres que no han entrado todavía en el sendero experimentan esta sensación en las horas de abatimiento. Los asesinos y suicidas sienten una horrible familiaridad del frenético acto que están cometiendo en el momento de efectuarlo. Los varios acontecimientos que los han impulsado al acto, cejan entonces, perdiendo importancia, y reconocen en su interior que han vivido antes, una y otra vez a causa de la pasión que los impulsa a su delito. Han de continuar sufriendo el paroxismo de la desesperación o cólera en otras vidas, hasta que domine el Yo superior y no permita la comisión del fatal error. Únicamente la naturaleza superior del hombre puede hacer esta decisión e impedir el total hundimiento del espíritu, lo cual significa volver a comenzar desde su principio toda la peregrinación. Quien tan lejos retrocede, difiere la emancipación de toda la raza, así como la del discípulo y la del cuerpo de amor a que pertenece. Si bien el discípulo es inseparable de aquel cuerpo, cada átomo de él tiene su propia responsabilidad, y debe confiar en sí mismo. Cuando llega la acción, aparece la prueba y si se elige lo superior, el espíritu permanece inmóvil en su lugar, fijo, firme, triunfante. El que no puede reconocer lo superior o una vez reconocido, no se decide a elegirlo, vacila y cae. Y así desordena el todo. Pierde su lugar, Y lo ocupa otro más confiado y resuelto.

Ahora viene la tremenda prueba de la obediencia. Hay momentos de decisión que le llegan al hombre y al discípulo como culminación de una serie de acontecimientos que entran en el dominio Y poder de la humanidad; pero hay otros, mucho más poderosos, en que la mano de un poder supremo interviene en los asuntos de los hombres, y en los que el hombre, aunque sea discípulo, está desamparado. Es porque hay decisiones hechas en un tribunal superior a todos los hombres, que se realizan inexorablemente y para las cuales no hay apelación. El hombre no puede decidir sobre ello y solo le cabe rebelarse o obedecer. Los hombres religiosos llaman Dios a este supremo poder que obra sobre todas las voluntades de los hombres. Los ocultistas ven en ello la obra de la Ley de Karma. Sea lo que fuere, si el hombre vulgar se rebela contra ella. El discípulo debe obedecerla, sin blasfemar ni lamentarse cuando se le priva de su bien amado, o cuando se le arroja de un lugar de paz

y aparente utilidad. Esto es evidente para el discípulo que ni siquiera debe pedir auxilio ni orar para recibir consuelo. Cuando el gran poder le llama para que actúe, se obedece sin murmurar, ni aún en el secreto retiro de lo más recóndito de su corazón, por la superior cualidad de su obediencia que muestra su calidad de discípulo. La resignación no es parte del equipo de un discípulo. Se deja atrás en el sendero; queda en los pasos que no necesita reandar. La resignación es la fuente del filósofo, no el arma del guerrero. El soldado apto para llegar a general, sufre toda fatiga, toda penalidad, todo trabajo, toda presión, toda injusticia; y obedece toda orden, no sólo sin protesta, sino con perfecta confianza de que las penalidades son necesarias y que la orden es justa y bien fundada. A él no le toca juzgar; solamente es soldado. No tiene el plan de la batalla trazado ante él como un mapa; no recibe mensajes desde partes muy distantes del campo de batalla. Por tanto, si al amigo muy amado, tal vez al propio hijo, lo arrebatan repentinamente y para siempre de su lado, sin que pueda saber de su suerte, no le toca desviarse de su puesto ni vacilar. El general sabe cuál es el verdadero y justo lugar de cada soldado; a los soldados no les corresponde juzgar, ni respecto de sí mismos ni respecto de aquellos con quienes están asociados, Parecería que tales pruebas debieran venir solamente cuando el hombre es suficientemente fuerte para soportar la pena. Pero no es así. Las relaciones de la vida humana están dispuestas de manera que el amor y el odio, el gran par de opuestos, hace conocer su presencia tan prontamente como el inferior par, el calor y el frío. El parvulito, por su misma debilidad e impotencia, demanda amor. Todos los que entran como niños en una nueva vida lo demandan. Se les puede negar. Los niños no amados, cuya presencia no es deseada en la familia en que han entrado; los niños detestados que causan enojo y afrenta por su advenimiento, sufren la rigurosa prueba de ejercitar la obediencia. Si sobreviven a la prueba sin sentir odio, y siguen adelante, encuentran más tarde seres humanos que los aman; es obvio que han alcanzado este paso de su desenvolvimiento, y se les ha permitido pasarlo desde el principio de una encarnación, a fin de obtenerlo en su aspecto superior en el mismo tiempo de vida. Sin duda que el resto de sus vidas, puede parecer a los demás hombres, lo que comúnmente se llaman afortunados. Buena forma externa y afectos humanos pueden seguirles cuando se aproximan a la tremenda experiencia del aspecto superior de este paso.

El discípulo obediente debe tener paciencia y voluntad firme para sufrir.

El discípulo que ha considerado bien estas cosas e inquirido los secretos del mundo y los misterios del universo, sabe que no hay razón para el sufrimiento de la raza. Hay en la tierra abundante riqueza para todos, como

hay aire abundante para todos; el amor es omnipotente y todo lo compenetra; todos los organismos están maravillosamente contruidos para el placer. Pero el destino místico del hombre necesita privación. Sabido esto, su aspiración ha de ser dar a su obediencia su verdadera calidad y perfecto carácter.

Su deseo ardiente de servir y de salvar a la raza, abre la puerta de su simpatía tan ampliamente, que no puede percibir sin duelo la angustia y el dolor ajenos. Largo tiempo después de vencida la rebeldía respecto de sus propios sufrimientos, la siente levantarse apasionadamente a la vista de los sufrimientos de los demás. Pero está obligado a ejercitar la verdadera obediencia con respecto a los otros, así como con respecto a sí mismo. La rebeldía crea alrededor de él una oscuridad tal que no puede ayudar a los que sufren. Habiendo llegado a ser obediente, su misión es ayudar; y sólo los verdaderamente obedientes, Son realmente aptos para levantar al caído y aliviar al enfermo. Porque únicamente ellos pueden hacerlo sabiamente, sin el cáncer de la rebelión en su exaltada simpatía.

Aquel que está cerca de nosotros, en el sentido externo, no en el místico, es aquel con quien tenemos deberes, y a quien debemos auxiliar. El discípulo, lo mismo que el hombre ordinario debe experimentar la prueba de la vida de familia, ese artificio que trae la primera proximidad del espíritu en la materia. El individuo puede eximirse en unas vidas de algunos de los posteriores desenvolvimientos comunes a la mayor parte de los seres humanos; escuela y colegio, negocios y trabajos, matrimonio y paternidad. Sin embargo, aunque le sea permitido un parcial retrainimiento y exención, en todas las circunstancias de cada día de su vida están entretejidos innumerables hilos que atraen a él almas de todas clases. Hombres, niños, plantas y bestias le rodean y atraviesan su sendero.

A todos tiene el deber de ayudar; ellos tienen el derecho de proximidad. Conducidos por conocimiento inconsciente, atraídos por antiguos lazos, invisibles ahora, pero claramente sentidos, llegan, desde lejos, seres a entrar en su medio ambiente; seres humanos, sub-humanos y super-humanos. Debe ver el sufrimiento de todos sin apartar la vista. Está obligado a ejercitar la verdadera obediencia, al mismo tiempo que a. ofrecer el verdadero amor que da sin pedir correspondencia.

No ha de temer desventura para él y si le sobreviene, debe aprender a soportarla, en consideración a los demás. De tantas cosas se nos despoja durante el lapso de una vida humana, que parece como si los dones se derramasen sobre los seres humanos únicamente para arrebatárselos después. Juventud, belleza, la misma vida, desaparecen de todos los seres, aun de los

más afortunados. Todas las posesiones del hombre pueden, en cualquier momento desvanecerse dentro de lo invisible misterioso, y a menudo así es. El hombre está colgado de la cruz, desnudo, entristecido, hasta que su espíritu triunfa y se liberta. Entonces mira alrededor Y encuentra que esta en aquel lugar, del cual todo lo que tenía ha sido retirado, y se halla fuera del espacio, fuera del tiempo, libre del choque de los pares opuestos. La juventud es un hecho eterno. Lo que llamamos vejez es el deterioro y reducción de la funda que envuelve el espíritu. La belleza se retira por el interior de la funda y adorna el triunfante Espíritu, su Creador. La Vida da voces con todas sus fuerzas, llamando a los rezagados, a los morosos que se retardan en refugios temporáneos y perecederas envolturas, para despertarlos e invitarlos a entrar en el goce de su plenitud.

CAPÍTULO VIII

El deseo de nacer y la consumación del nacimiento, seguidos de las experiencias de amor y vida, han sido hasta aquí el tema de las ocultas ceremonias y vigiliat anuales. Estas ceremonias y vigiliat ocultas son el asunto, bajo todos los disfraces, de todas las celebraciones de Navidad y Año Nuevo, en todas las religiones, aunque veladas y obscurecidas por la tradición.

Una vez terminadas es necesario que el discípulo vuelva su atención al ritual concerniente al descenso del alma en la materia, que en Egipto era enseñanza esotérica para instrucción de quienes estaban dispuestos a adquirir el conocimiento. Sus grandes ceremoniales y enseñanzas trataron veladamente de los misterios de la muerte y de su utilidad y servicio en la evolución; explicaban cómo debían pasar a través de este cambio, de modo que pudieran alcanzar un superior estado de conciencia y cuando el necesario renacimiento sobreviniera, renacer en condiciones de mejor vida. Su objeto era enseñar a los hombres, no sólo a vivir rectamente sino también a morir rectamente. En la mística enseñanza del Viernes Santo, los discípulos aprendían los secretos de su naturaleza; el significado misterioso de la Caída, y la verdad relativa al descenso en la materia, oculta para las mentes de los hombres vulgares. La muerte es el mayor maestro, el maestro universal en este asunto. Las religiones occidentales no ven en la muerte un poder que ama a los hombres y los instruye. Por tanto, es necesario seguir el canon del ritual esotérico egipcio, que consagra esa parte del período en que el Sol avanza hacia el Norte, a la consideración y estudio de la muerte como adecuada preparación al estudio de la tumba.

El descenso del espíritu del hombre en la materia fue un acontecimiento necesario para la purificación y regeneración de la misma materia, para volverla a su prístino estado. Pero, a menos que el hombre procure la regeneración, y obtenga el poder de desandar sus pasos, renaciendo cada vez en estados superiores del ser, equivocará su decisión con riesgo de ser separado del todo. El ministerio del ángel oficiante que llamamos muerte es libertar temporalmente al hombre de la materia, y darle instrucciones acerca de sus peligros. La muerte es, en efecto, un gran Poder, amante, consciente y sagrado, que incesantemente ayuda al hombre a desatar sus lazos de la materia. Ningún hombre muere solo, porque la muerte está con él. y el

moribundo encuentra en ella al más íntimo y fiel amigo. Así lo conocían y aceptaban los antiguos egipcios que se dedicaron a considerar los pasos que debían dar cuando al salir de su cuerpo y de la tierra, entraban al cuidado de la Muerte.

En el “Suta Devadūta” (traducido por el Dr. Oldenburg), hay un diálogo entre Yama, el dios de la muerte, y el espíritu de un hombre perverso que ha entrado bajo su custodia. En dicho diálogo, Yama le explica la ley de Karma y le excita a estar alerta. Imprime vigorosamente en el espíritu del hombre, cuán absolutamente responsable es de su desventurada situación. “Esas tus malas acciones que ahora recuerdas son todas tuyas”, dice el Rey Yama, “por tanto, tú solo debes sufrir sus consecuencias”. Y el desgraciado entra en un estado de sufrimiento y expiación, en vez de ser el postulante; el Ka de Egipto, iniciado por la muerte en las cosas divinas, y ayudado por este gran Poder en el intervalo de cada encarnación, para alzarse cada vez a mayor nivel, y prepararse para la final emancipación. Cuando la raza alcance el lejano y esplendoroso término fijado a su evolución, entonces, el gran Poder que nos espera continuamente a la puerta de nuestra humana naturaleza, estará libre de su tarea, que reclama de él la más completa consagración.

Quienes no han comenzado a estudiar los Misterios, sólo saben ciegamente que la muerte física los aguarda, y que no pueden evitarla, pero no saben lo que es, porque no han meditado sobre ella. Sólo miran lo externo y consideran su advenimiento como la llegada de una mala hora. Los discípulos que han empezado a investigar y reflexionar sobre este grande, maravilloso y universal acontecimiento de la historia del espíritu del hombre, saben que la hora de la muerte es hora buena. Ya se difiera hasta la ancianidad, ya sobrevenga en la juventud o en la media edad, o repentinamente, siempre es una hora dichosa; porque entonces, el espíritu encuentra a uno de sus grandes maestros, a uno de sus grandes amigos. En el seno de la muerte y a su cuidado, puede descansar y aprender cuál es su verdadero lugar en el universo, y cuáles son sus esperanzas y oportunidades de progreso en la escala de la evolución. Pero, a menos que sea bastante fuerte para “proseguir hacia el cielo y arrodillarse entre las estrellas”, (usando las palabras del postulante en el Capítulo IV del “Libro de los Muertos” de los egipcios) no ascenderá; porque nadie le impelerá a ascender. El mismo debe ser capaz de dirigirse a Ra y pronunciar la plegaria:

“Pueda yo proceder como Tú, y proseguir como tu Santidad, Ra, Tú que no tienes maestro”. La Muerte mantendrá salvo al desvalido, se lo explicará todo y le dará completa oportunidad. “Yo no creo que la Vida lo suministre

todo - dice Walt Whitman - sino que la muerte o estado celestial lo suministra todo”. Esto era la fe o conocimiento intuitivo de un gran vidente. El filósofo se aproxima a la muerte con valor; el hombre religioso con esperanza o resignación; el hombre mundano muy a menudo con terror, El discípulo debe aproximarse a ella intrépidamente, con el conocimiento adquirido por su contemplación y expectación, estudiando con reverencia lo que pueda percibir en ella. Pronto se dará cuenta de cuán gran amigo le espera a fin de la experiencia de la vida; un amigo que lo esperó antes muchas veces, y le ayudó en nuevos lugares, dándole oportuna instrucción.

Durante el período en que el Sol se dirige hacia el Sur, es imprudente y funesto comenzar cualquier gran esfuerzo, según los brahmanes. Por esta razón se emprende ahora, en el mes de Marzo, el estudio y contemplación de la muerte, aunque otoño e invierno, son las épocas del Rey Yama. Los sattras, que son una imitación del curso anual de Sol, están divididos en dos mitades; y las ceremonias también están divididas en dos mitades, pero en la última mitad, las ceremonias están en orden invertido.

El vasa del budismo es la época de recitar la ley; fue instituido por Buda, a fin de impedir que los sacerdotes caminasen sobre el naciente césped que brotaba cuando llovía. Esto acontece en el solsticio de verano, cuando se celebraba en Egipto el “Zarpe de la barca de Ra”. La recitación de la ley aprendida y la práctica de los deberes diarios es, después de dicha época todo cuanto cabe hacer hasta que vuelva el mes del nacimiento y la Luz llegue otra vez en forma de niño recién nacido. Ahora es el tiempo de esforzarse para mirar fijamente hacia el abismo que espera a los hombres y saber que verdaderamente, un poderoso ángel está allí siempre en pie, tendiendo sus auxiliadoras manos a los espíritus de los hombres.

Para ver la muerte es necesario entrar en profunda concentración, para aproximarse al Hogar del Universo material, la gran Llama en donde se encienden los fuegos temporales. El Espíritu de la Naturaleza que actúa conjuntamente con el Espíritu de Amor en todas las edades, está en el Hogar, a veces en la llama del deseo humano de vida y otras veces fuera de él. Aquí está la muerte también.

Para aproximarse al Hogar de Vida, es necesario concentrarse primero en el misterio de todas las llamas y todos los fuegos temporales.

El gran Fuego todo lo ve; y lo que llamamos el Sol, el Fuego invisible en el corazón de la Tierra, ha sido místicamente encendido y místicamente preservado, atendido incesantemente por sus ministros. Innumerables fuegos son así atendidos, muchos de los cuales no se relacionan con el hombre en

modo alguno. Pero los fuegos que dan vida terrestre a los hombres, nunca están descuidados. Mantienen a raya a la Muerte, de modo que tome su cosecha de vidas una por una, excepto en casos especiales. Si los fuegos no estuviesen atendidos continuamente, no podrían exhalar sus llamas con vigor constante, y la raza humana caería en brazos de la muerte en un pavoroso momento de tiempo; y el mismo tiempo cesaría también. En la obscuridad del remoto futuro, cuando la peregrinación del hombre esté cumplida se extinguirán los fuegos. ¿Por qué los Ministros los atienden tan incansablemente?. Para que el discípulo pregunte a los Sagrados Seres sus secretos. Solamente ellos pueden responder al espíritu del hombre. La obligación de la muerte es libertar al espíritu del hombre de la crucifixión de la carne. A todos los justos les llega, como oficiante que abre las puertas de la prisión, como quien les permite entrar en la Luz. A los que, a pesar de su ignorancia han sido justos, los envía a los Campos Eliseos, donde hay descanso y placer. Pero esta libertad se parece a la de salir de una casa para pasar al jardín. Debéis necesariamente volver, aunque no a la misma casa, sino a otra semejante. La muerte no exige de los que tiene a su cargo más que eso; y continuamente los instruye en la manera de alcanzar un lugar superior.

Los inicuos son introducidos por la Muerte en lugares de horror y así, no es de extrañar el temor a la muerte que obsesiona a algunos hombres toda su vida. Esto nace de la amarga experiencia que conservan en su memoria subconsciente. Porque la muerte, aunque amiga del hombre, no encuentra lugar cómodo y tranquilo para el hombre perverso.

La subyugación de la concupiscencia da al discípulo el derecho de inquirir de los Sagrados Seres sus secretos.

Ninguno puede ver realmente la muerte hasta que sus ojos sean de regenerado, y ya no vierta lágrimas por ningún pesar, pérdida o dolor. Y esto solamente es posible cuando el dolor y la pena se han sufrido y apurado en sucesivas encarnaciones, y el discípulo ha adelantado en el sendero. Quienes miran la muerte inteligentemente, y sin embargo, no ven, perseveran en la tarea que han emprendido, porque saben que la visión vendrá más tarde, y entonces se hallarán en armonía con lo que desean ver. Una parte de la verdad oculta, descubierta y declarada por Tolstoi es que en la vida del espíritu, la dirección es lo más importante. El que todavía no ve, y sin embargo, avanza resueltamente en la oscuridad, guiado por altas aspiraciones, abrirá un día sus ojos a la Luz de inimaginable belleza, y se verá rodeado de grandes y poderosos amigos, a quienes con dificultad, pero infaliblemente, ha encontrado en su camino, porque su dirección fue recta, siguiendo la guía de

su Yo superior. La simple experiencia de la muerte por la que al fin de cada encarnación pasa el hombre, no es sino una preparación para la gran Ceremonia del Viernes Santo. Solamente por la meditación directa en la Muerte y la vehemente demanda de sus secretos, es como se prepara el hombre para la gran ceremonia. Estad seguros de que la muerte responderá a vuestra demanda, si la hacéis debidamente y en vez de explicaros, como al hombre vulgar, la ley de Karma, de la que es uno de los administradores, comenzará un discurso mucho más difícil. Os mostrará la naturaleza de la materia y cuál es su poder sobre el espíritu del hombre, y os preparará para el ministerio de la tumba. El discípulo que no ha alcanzado todavía la visión, puede demandarla, y continuar dirigiendo su ciega mirada hacia aquello que anhela saber y comprender. Mucho se le descubrirá y se le hará inteligible, mientras persevere así; el orden aparecerá en el aparente caos que le rodea. Percibirá con claridad, que la casualidad *no* existe; que la muerte, al actuar en la esfera donde los fuegos arden para la protección del hombre, sólo puede tomar las vidas que se le entregan.

Gradualmente comenzará a reconocer la proximidad y presencia de la muerte, antes de que sobrevenga, y sentirá su prolongación después que haya terminado el mundo físico. Existe en tal acto una potente atmósfera de solemnidad, que cambia el aspecto de todas las cosas.

Para el hombre vulgar que no busca tales experiencias, el estado de conciencia que confusamente le advierte la majestuosa Presencia que está cerca de él, es un profundo abismo de pena. De pronto reconoce que lo que está sucediendo no es solamente la pérdida de los que han estado a su lado, sino que hay una nueva y grande Presencia, benigna y hermosa que ejerce presión sobre él. Cuando la contempla, experimenta la sensación de ser bendecido; y la Muerte efunde una profunda benevolencia hacia el hombre.

Nadie que no haya sido perfectamente obediente al sencillo precepto de “No matarás”, puede intentar la adquisición del conocimiento de la muerte ni aprender los misterios ocultos bajo su custodia. El hombre, arrogándose derechos que no son suyos, se pone los obstáculos a su progreso en el sendero. El Señor Buda enseñó explícitamente a los hombres, que no tienen derecho a quitar la vida, pero la humanidad no ha empezado todavía a aprender la lección. Al discípulo se le dice que respete la vida como la respetan quienes la desean. El conocimiento de la muerte está completamente oculto para quienes no se dan cuenta de su santidad. El discípulo ha de aprender y practicar la lección de Buda, que la vida es sagrada, una posesión sagrada de aquel a quien le ha sido dada, sea humano o animal. Para la preservación de este don están

encendidas y atendidas las grandes llamas. Cuando uno mira los millares de moscas de agua que pululan en la luz del sol, parece que es la vida tan abundante, que no tiene valor intrínseco. Esto es ilusión nacida de las condiciones de tiempo y espacio, que confunden el verdadero sentido de los valores. La vida, aun la del ser más diminuto que se mueve en el aire o se oculta en el suelo, es preciosa y sagrada, no importa cuán breve sea el tiempo y mínimo el espacio en que transcurra. Buda y Cristo así lo enseñaron. ¿Cómo, sus llamados discípulos, han cumplido sus preceptos?. La solemne y hermosa presencia de la Muerte viene en toda su majestad, igualmente al fin de la revoloteante vida de la efímera que sólo dura unas horas, como al lecho de muerte de un rey, porque toda vida que desecha su envoltura física está bajo su custodia. Estas dos grandes fuerzas, Vida y Muerte, dos de los poderosos pares de opuestos, permanecen siempre inalterablemente espléndidas. Ninguna vileza de las condiciones humanas, ninguna brevedad o insignificancia del lapso de vida de una criatura, pueden alterar el esplendor de la posesión o la dignidad de aquello que la quita, o más bien, de aquello que la transforma, porque la muerte, considerada en su verdadera potestad, no es destructora, sino una transformadora que por toque mágico todo lo transmuta. Es también silenciadora. Su labor es ayudar al espíritu del hombre a libertarse de la materia, a poner fin a su crucifixión, y a aquietar el incesante batir y la vibración que existen en el tiempo y en el espacio. Si no fuera por la vigilancia de los fuegos, el poder de la muerte prontamente acallaría el estruendo del universo material. Ejerce su poder solamente sobre los átomos materiales y los induce a paralizar su movimiento. Al espíritu del hombre, sólo puede bendecirlo, instruirlo y guiado al lugar correspondiente a sus condiciones kármicas. Al hombre ordinario, le explica la ley de Karma. Al discípulo debidamente preparado, le revela el profundo misterio de la fusión de uno de los grandes pares de opuestos, y la maravilla que surge de esta fusión. Al discípulo le muestra, que para el ocultista es muerte y vida; y al que está recibiendo la iniciación, a transmutar la muerte en vida. El dios de la muerte se presta voluntariamente a esta transformación que da al discípulo la alegría del conocimiento. Que el hombre llegue a ser lo bastante grande para ser capaz de esta transformación es el propósito a que la muerte sirve con incesante devoción.

Todo el significado y misterio del ocultismo está en este mágico proceso de transformación y transmutación. Mientras el discípulo se purifica lentamente en el ígneo crisol de la vida humana, está al mismo tiempo ocupado en transformar y transmutar cuanto le rodea. Los dos procedimientos

son simultáneos: del uno deriva inevitablemente el otro. Cada ceremonia presenciada, cada vigilia observada, cada prueba sufrida no sólo transmuta el ser del discípulo sino que también va transformando el mundo en que vive. Ayuda a las grandes Potestades a libertarse de su labor en servicio al hombre, y ayuda a los hombres que le rodean en cada crisis de la vida. Su conocimiento de que muerte es vida, emana de él sin necesidad de hablar, y ayuda a otros en los momentos críticos y terribles del sufrimiento humano.

El 21 de Marzo, día en que el Sol brilla exactamente en el Ecuador, cuando toda la tierra material está segura de su anual renacimiento, en plena vida, entonces los discípulos predicán la ceremonia de la vigilia de la muerte. Para “el que ha entrado en la corriente”, (el discípulo) nacimiento y muerte son dos partes de una misma acción. Una encarnación es un paso en las arenas del tiempo. Algunas veces, el pie se hunde tan profundamente en la arena, que es difícil sacarlo del todo, y el espíritu tamo bien queda sumido, y lucha durante edades, antes de libertarse y andar como anda el que sabe la dirección que lleva. Muchos experimentan este desastre y esta dificultad y se adhieren a otros que del mismo modo se han hundido en el fango. Quienes saben andar les tienden sus auxiliadoras manos. De esto se origina la formación de escuelas de enseñanza oculta, con objeto de que los espíritus de los hombres no se demoren mucho tiempo en la peregrinación por tales desastres. A los que sin designio alguno están errantes en las arenas del tiempo, cegados por las tinieblas de la materia, se les muestra el Sendero y se les insta a entrar en él para que encuentren el Camino. No siempre están prestos a tomar el sendero que se les muestra, porque es espinoso y de costosa subida. La apatía, nacida del fracaso, predomina en ellos, y prefieren demorarse en las tinieblas, donde no hay seguridad ni certeza. La tarea de los pocos que han encontrado la esperanza y seguridad reservada a los que entran en el sendero, es llamar a los que han quedado retardados, y atraerlos hacia adelante y hacia arriba. Al conocimiento de que muerte y vida son la misma cosa, acompaña el de que la destrucción pertenece sólo al espíritu de odio. La muerte no es destructora; es una turbación que da nueva y mayor vida. No le corresponde al hombre arrogarse los derechos de ese benéfico Poder. En esto consiste una de las contradicciones cuyo conocimiento es parte esencial de los Misterios. La muerte es santa, es una bendición, pero no le incumbe al hombre dar esa bendición. Cuando él mata se maldice a sí mismo. La muerte transforma la mala acción con respecto a la víctima, pero no con respecto al pecador. Se ha cometido el más grande latrocinio en ello, y el culpable ha de sufrir la pena en que ha incurrido. La ley espiritual ha sido quebrantada, y quien viola la ley

Mabel Collins – Cuando el Sol Avanza Hacia el Norte

espiritual es trasgresor aunque todas las Potestades benéficas se uniesen para transmutar el efecto de su acción, y aunque se transmute el efecto mismo de ella.

ABRIL: VIERNES SANTO Y PASCUA FLORIDA O DE RESURRECCIÓN

CAPÍTULO IX

En Abril llega la gloriosa idea de la resurrección. El discípulo deja los oscuros lugares en que aguardó la vigilia, y entra en el esplendor. Está dispuesto para consagrarse enteramente a la contemplación más grandiosa que puede conocer el hombre. La Pascua Florida es el éxtasis del año, que culmina en la gran Fiesta de Resurrección, celebrada por toda la Cristiandad. Después sigue la vigilia puramente espiritual y oculta de la transmutación, cuando el discípulo sólo puede retener firmemente el lugar alcanzado mientras el Sol se dirigía al Norte, y recitando las aprendidas lecciones, aspira resueltamente a nacer en un superior estado de vida espiritual, cuando llegue otra vez el mes del nacimiento.

La Pascua ilustra y conmemora perpetuamente la libertad que ha de obtener el hombre al fin de su peregrinación, cuando haya adquirido todo el conocimiento que le proporcione la experiencia humana, y haya desechado la última vestidura que el espíritu necesitó para las experiencias. Cuando obtenga esta libertad, el espíritu dejará definitivamente la tumba, levantándose del sepulcro, y ya jamás lo envolverá la materia.

Al inaugurarse cada año la gran Fiesta de la Resurrección, la Sala de la Sabiduría está llena de vida y actividad. Los Maestros aguardan a sus discípulos, buscando a quienes han preparado y confiando en que tengan valor para aventurarse en esta gran empresa. Ya no es un como bate en el campo de batalla donde el Arjuna del *Bhagavad Gita* lucha contra su naturaleza inferior y sus malas pasiones. Esta batalla hace tiempo que la libró victoriosamente el discípulo que está ya bastante fuerte para entrar en la Fiesta de la Pascua y ocupar su puesto en la Sala del Saber. Este maravilloso lugar de Sabiduría fue construido y está conservado en el espacio etéreo, al alcance del espíritu de los hombres, por los iniciados que desarrollaron el Cristo en si mismos y se quedaron cerca del mundo de los hombres para enseñarlos y ayudarlos. A todos se les llama, a todos se les ayuda, pero pocos son aptos para entrar. Todos los que pasan en esta estación por las puertas que cierran este recinto,

perciben los aires divinos y conocen la Gran Presencia. Gramíneas que crecen rápidamente, brotan sobre las huellas de sus pies al entrar dentro del recinto, y todo es verde alrededor de ellos. Este es el tiempo en que brotan las verdes hojas, y se abren los capullos. Una vez dentro del recinto, la Sala aparece tan vasta como la misma superficie del mundo, porque la gran invitación hecha a todos para entrar allí, hace retroceder las murallas hasta que haya lugar para todos los espíritus. Por todos lados hay grupos y procesiones de sacerdotes de todas las religiones del mundo, vestidos con sus trajes talarés. Todos cantan igualmente el himno de resurrección. Muchos de los sacerdotes que offician en esta estación, alcanzaron la iluminación durante las vigiliás preparatorias. Algunos devotos que, aunque ciegamente, buscaran sin embargo, sinceramente el camino e imploraron fervorosamente guía y dirección, entran en el místico recinto. Quienes observaron estricta e inteligentemente la vigilia de la muerte están aptos para oír el canto de la letanía del Viernes Santo. Cada año sólo unos pocos son capaces de tomar parte por vez primera en este canto. Durante la Pascua, voces triunfantes cantan sin cesar esta letanía:

LETANÍA

- 1.- *Yo veo la Muerte.*
- 2.- *Yo conozco la Muerte.*
- 3.- *Yo soy la Muerte.*
- 4.- *Yo estoy vivo.*
- 5.- *Yo estoy Muerto: yo estoy vivo.*
- 6.- *El Divino dice: yo soy el mal.*
- 7.- *El Espíritu dice: yo soy la materia.*

Todo el objeto de la preparación y el sufrimiento es efectuar el milagro de la transformación y transmutación. Este es el misterio en que debe penetrar el discípulo mientras permanece siendo hombre. No destruir nada, sino hacer todas las cosas buenas, todas las cosas hermosas, todas las cosas deseables. Recordad siempre que el odio es destructor. Transmutad la muerte en vida; el mal en bien. Lo divino no puede ser mancillado por el mal, así como el oro no sufre detrimento por el contacto con el fuego. El Espíritu, después de la transmutación, no puede volver a ser materia, así como el agua después de la acción química que la produjo no puede volver a ser una con el fuego. El oro se purifica en el crisol en donde el fuego consume todo lo que no es oro; lo divino se purifica arrojando de sí todo lo que no es absolutamente divino.

Cuando el Espíritu identificado con la materia pasa por las terribles pruebas iniciáticas, los obstáculos materiales se desvanecen, como se desvanece el agua consumida por el fuego. Pero así como el agua debe haber sido una con el fuego antes de que la acción química la engendrara, así la parte espiritual del hombre debe haber reconocido la oscuridad y la muerte del plano físico, entrando en él completa y voluntariamente para transformarlo, sufriendo el mal que allí parece inevitable y transmutándolo en bien, porque en su carácter el mal se ha disipado por completo.

Así el Cristo del mundo, el Buda del mundo, al entrar en la tumba, la destruye. Su suprema Espiritualidad es más poderosa que los sellos del sepulcro y Su Amor supremo los transmuta en libertadora energía, y así, después del profundo silencio de horas (o edades) de esfuerzo en el abatimiento y humillación, el sepulcro devuelve el cadáver y vivifica lo que estaba muerto.

No es posible comprender el verdadero significado de la Resurrección, hasta presenciar sus previas Ceremonias y no sólo comprenderlas plenamente, sino sufrir con valor todas las pruebas. Así la historia del año es acción refleja de la historia del Ego, cuando este ha entrado en “la corriente”, esto es, cuando ha recibido la primera iniciación y se prepara para la segunda. Hasta que se haya experimentado y sufrido con valor el invierno, es cuando brotan “las verdes hojas”. Hasta que no se hayan aprendido bien las lecciones de la vida humana es inasequible el más allá. Una serie de ceremonias y terribles pruebas, se ha indicado y superficialmente considerado en el curso de este tratado. Todas deben haber sido comprendidas plenamente y asimiladas al ser y no consideradas en su aspecto exterior, antes de que el discípulo pueda ser algo más que un mero testigo de la maravillosa Fiesta de la Resurrección. Hasta entonces, no le cabe otra cosa que arrodillarse y hacer lo posible por ver. Esta es la triste suerte de muchos discípulos que se han creído dispuestos a tomar parte en la Fiesta de la Pascua; han encontrado que son incapaces hasta de presenciada. La gloria del milagro es demasiado grande para que puedan resistir su contemplación; y la posibilidad de tomar parte en el está todavía por completo fuera de su alcance. Ninguno los despide del recinto, porque el derecho y privilegio del discípulo es el de probar su resistencia y perseverancia; pero cuando el esplendor le ofusca, y su espíritu retrocede buscando refugio dentro de la obscuridad, entonces, ninguna mano se extiende para ayudarlo; ningún llamamiento al Maestro puede impedir su retroceso. Después ha de volverse a recorrer, quizás varias veces, el camino hasta que el

caminante logre descubrir con certeza dónde y por qué dio el paso en falso, y pueda pasar por aquel punto sin fracaso.

Este éxtasis del año es el tiempo en que el espíritu despierta, el tiempo en que el hombre, si ha sido capaz de tomar parte en el ceremonial oculto, conoce el Misterio del Amor en su plenitud. Los discípulos que entran se alinean como hermanos, y aquellos que están cerca uno de otro en el sentido oculto, no en el externo, avanzan juntos. El infinito Espíritu de Amor pasa a través de las filas de su ejército como una forma de luz, aunque es efectivo y eterno.

A quienes han pasado conscientes una vez la Ceremonia de la Pascua, nunca más pueden lastimar, ni matar, ni mortificar a nadie; y cada año que vuelven a pasar por dicha Ceremonia, penetran más en las gloriosas profundidades del Amor, se acrecientan cada vez en fuerza y vienen a ser energías vitales irresistibles en el mundo; porque cada vez que entran obtienen del ejército unido, más y más de su poder para usarlo en servicio del progreso espiritual de la humanidad.

En el estado agudo animal del alma humana, reina la oscuridad y la ignorancia y el alma sólo tiene conciencia j de las cosas materiales, de las pasiones y deseos egoístas.

No hay conocimiento ni aún del fenómeno de la vida terrestre, excepto el necesario para favorecer a los sentidos físicos. Estos sentidos no son inalienables como los sentidos psíquicos del espíritu, los cuales, pueden ser retirados temporalmente por la ley de Karma pero nunca quitados por completo; en tanto que los sentidos físicos si pueden ser enteramente destruidos, de tal modo que el alma animal y su instrumento, el cerebro, no perciban las cosas externas. En este estado del alma, yace el espíritu amortajado y sepultado; pero también está el vivo manantial de amor y de vida eterna. Dentro del hombre está la tumba, el lugar de tinieblas y de cautiverio en que se efectúa el milagro de la Resurrección, y el espíritu se levanta y brota el manantial de amor y de vida eterna. Descubrid este manantial, gustadlo, saboreadlo, bañaos en él, y el hambre y sed de conocimiento y el anhelo de luz quedarán satisfechos. Los deseos que llenan de inquietud y de ansias al espíritu se dispararán, cuando se alcance la iluminación.

Tan copiosamente fluirá el agua de vida, a medida que bebáis de ella, que es vuestro deber darla a los demás y os henchiréis de inefable júbilo. Tenéis de ella más que suficiente para dar a todo el mundo. Habéis realizado el milagro de la Resurrección, habéis hecho que el verdor de la primavera brote en vosotros, y estáis enverdeciendo la tierra a vuestro alrededor y

Mabel Collins – Cuando el Sol Avanza Hacia el Norte

derramando la alegría de la nueva vida sobre el mundo. Hay en la Escuela del Amor una promesa que se hace antes de entrar en ella. Esta promesa ya hecha durante la prueba en la Fiesta del Amor, debe repetirse en el corazón del discípulo en la Fiesta de la Pascua. Esta promesa es: **“YO AMARÉ”**.

En adelante ya no deseareis amor, ni pediréis amor, ni buscareis amor: **“DAREIS AMOR”**.

CAPÍTULO X

El Maestro es el servidor de la humanidad y responde a la demanda del discípulo. En la estación de la Pascua aguarda, inmediato a las puertas de la Sala de Sabiduría a aquellos que lo invocan. Porque el espíritu del hombre ha de levantarse y dar el primer paso, para entrar en los lugares de iluminación. La Sala de Sabiduría está situada en primer término al salir de las puertas del plano material, y quien quiera que esté dispuesto para entrar en ella, encontrará un guía para conducido. Su Maestro espera, y si el discípulo solicita que se le muestren las maravillas que hay en aquel místico lugar se le mostrarán. Si para el vidente es un lugar, en verdad es un estado o condición del espíritu en que por su propia energía y poder de petición podrá interpretar todas las lecciones posibles al espíritu humano. Las catedrales, construidas por el hombre en la tierra, están modeladas conforme al plan de la Sala de Sabiduría. Indudablemente los grandes arquitectos que las delinearon tomaron su inspiración de más allá de las puertas de la materia. Cuando esta catedral etérea, el gran lugar de culto para todos los espíritus de los hombres está llena de adoradores, el discípulo que puede ver, percibe que su confusa cúpula es el Cielo, y sabe que lo misterioso se abre espacio encima del altar que conduce al trono del Supremo. Varias capillas rodean el cuerpo del edificio, en las que entran los discípulos conducidos por sus guías. La primera vez que uno es capaz de permanecer en este sagrado lugar, se siente conducido a través de la vasta sala como un niño. Por primera vez, desde que el deseo de nacer lo trajo a la materia y llegó a ser hombre; por primera vez, desde que entró en la peregrinación y aún desde que entró en el sendero, está verdaderamente contento, porque sabe qué está en su casa, en su propio lugar.

La puerta de la capilla ante la que ha sido conducido, se abrirá para él por mano del Maestro. Un gran diamante centelleante de luz, para los ojos que la pueden ver y soportar, forma el botón que abre la puerta de la capilla en cuyas paredes están escritas las reglas de *“Luz en el Sendero”*. Desde que el tiempo es tiempo, y en donde estarán escritas mientras el tiempo dure. Si entra alguno incapaz de comprender las reglas, se desvanecen del muro en que están escritas, y el muro opuesto a la puerta aparece cubierto de fulgurantes arabescos de piedras preciosas. Algunas veces quien ha obtenido el poder de entrar y no está todavía apto para leer, adquirirá este poder mientras esté en la

capilla, y podrá ver la maravillosa transmutación de la llama de las piedras preciosas en llama de las palabras. Las reglas están escritas allí para todo discípulo capaz de leer. Cada año en la estación de la Pascua, unos pocos nuevos discípulos entran en esta capilla, y sus Maestros y Guías hacen un especial esfuerzo para ponerlos en condiciones de leer las palabras escritas en la pared.

Es ineludible y esencial que, en cierto punto de la historia de la raza humana, estas reglas se transporten del plano etéreo al material, escritas en lenguaje humano, para darlas a aquellos que las deseen. El que a mí, que escribo estas páginas, me fuese dado el gran privilegio de ejecutar esta tarea, fue resultado del sufrimiento y resistencia de muchas amargas y duras pruebas en sucesivas encarnaciones. Las experiencias de la vida humana llevan frecuentemente al discípulo a los lugares en donde un esfuerzo lo recobra en otro estado. Estas experiencias se repiten una y otra vez hasta que se hace el esfuerzo eficaz. En esta misma vida me ocurrió una tragedia que reconocí haber sufrido muchas veces antes. Este reconocimiento me capacitó para hacer el gran esfuerzo y trepar el peldaño que se me indicaba. Me invadió la asombrosa emoción de júbilo de una conciencia superior. Uno estaba a mi lado en mi cuarto y me dijo: “Ven, ya eres capaz de leer”. Yo dejé mi cuerpo reteniendo una clara conexión con él y registrando en mi cerebro físico todo aquello que hacía, a medida que lo iba efectuando. Únicamente por un gran acrecentamiento de conciencia pude efectuar tal tarea. El conocimiento de lo que se está haciendo debe ser pleno y completo en todos los planos del ser. El Maestro me tomó de la mano, y con pleno conocimiento de lo que me sucedía, me adherí a El y salí de mi cuerpo físico, pasando del plano material al espacio etéreo. Entramos en la Sala del Saber, cruzamos el gran pavimento y llegamos a la puerta del botón de diamante resplandeciente, verdadero foco de luz. Comprendí entonces, que yo había estado muchas veces antes allí, y pasé a mi cerebro físico el mensaje de que estaba en un lugar conocido y familiar para mí, y que todo iba bien. El Maestro abrió la puerta, que una vez dentro se cerró tras nosotros. Estábamos solos en aquella maravillosa capilla, de luz. La paz infinita y el sentido de fuerza espiritual que me invadió, con la conciencia inefable de estar en mi propio lugar, por inalienable derecho, fue una recompensa que superó con mucho a los sufrimientos y pruebas de las vidas terrestres. El Maestro, teniéndome todavía de la mano, me llevó a través del pavimento de la capilla hasta la pared, y vi claramente las primeras reglas de *“Luz en el Sendero”* aparecer en lo más alto del muro. Mirando con cuidado

las leí corrientemente; por debajo, las piedras preciosas fulguraban todavía en esplendorosos coloridos y puntos de luz.

“Fija estas reglas en tu memoria”, me dijo el Maestro, “llévalas contigo a la tierra y escríbelas. Los Maestros de la raza humana han decidido poner estas reglas en lenguaje humano, y tú has sido elegida para este trabajo. Vuelve otra vez, hasta que las hayas leído todas y las hayas escrito en palabras propias de la tierra”.

Volví a mi cuerpo físico, y tuve memoria plena de lo que había hecho, y de lo que había visto y leído. Yo había estado, por la primera vez en el estado conocido por los ocultistas del Sur de la India por “jagrat de swapna”, que es el estado de conciencia del clarividente despierto. Sólo una persona ignorante en ocultismo podrá suponer que fuese posible transportar del espacio etéreo al plano físico ese conocimiento a no ser por el trabajo de un discípulo que haya alcanzado dicho estado de conciencia. En ningún estado de inconciencia de un amanuense, por ninguna influencia o intervención de un Maestro, es posible obtener enseñanza de carácter positivo, y sí sólo por el estado de conciencia de clarividente despierto. En este estado leí y trasladé a mi memoria las primeras líneas de la antigua mística escritura conocida ahora por todos los estudiantes de ocultismo con el título de *“Luz en el Sendero”*. Las traje a la conciencia física y las anoté por escrita. Y obedeciendo la orden que se me dio, entré otra vez en el estado de clarividente despierta, volviendo varias veces a la capilla de luz, para traer conmigo las reglas una por una y escribirlas en lenguaje humano: hasta que las obtuve todas.

Quien busque realmente la verdad; ha de advertir que leer estas palabras en la pared de la capilla de luz, y leerlas en lenguaje terrestre son dos actos enteramente diferentes. Quienes pueden leerlas en la pared, han experimentada todas las pruebas y triunfado de ellas, y de este modo han alcanzado el grado de adelanto necesario para obtener la clarividencia despierta. Leen las reglas en la pared con su yo espiritual en estado de actividad, y saben la meta que indican, y que sólo puede alcanzarse al final de las encarnaciones, cuando el adepto ha pasado por los más elevados y místicos estados de conciencia, y está preparado para entrar en la conciencia de su Logos. Entonces puede “inquirir la verdad de lo más, recóndito”. No necesita guía ni ley. El es la ley.

“Luz en el Sendero” es para el espíritu del hombre la llamada de trompeta. Le indica los más altos peldaños de la vida oculta, conocidos únicamente por los Adeptos. Aquellos que leen las palabras en lenguaje humano y suponen que las reglas se pueden aplicar a la vida humana ordinaria

no son todavía capaces de comprender el más allá. Han de aprender a desarrollarse para reconocer el más allá. La lectura de las reglas en lenguaje terrestre es útil, porque dan a la mente la idea de dirección, y si el estudiante toma la dirección que en ellas se le señala, se acrecentará su comprensión. Para quienes están enteramente sumergidos en las condiciones materiales las reglas no tienen significado.

Es un hermoso y consolador pensamiento que haya deseosos de encontrar la recta dirección que quienes dirigen la evolución, consideraron necesario dar en estas reglas a los hombres, en prueba de que ya pasó la época más oscura de la historia de la raza. El abismo de ciega ignorancia y de pereza, ya no tendrá por mucho tiempo detenida a la mayor parte de la raza, o a la más importante parte de ella. La ambición, el primer maestro de la evolución, ha enseñado a los hombres algo durante las edades, en las muchas vidas que han pasado. Por sus continuas e insidiosas tentaciones, sacó a muchos hombres del fango, para formar un conjunto que pueda avanzar y conducir a otros adelante. Por esto es conveniente que sepan en qué dirección han de ir, y qué naturaleza han de producir para que se opere el milagro de la resurrección. Así pues, el discípulo ha de estudiar estas reglas con incesante vigilancia, y esencialmente la lección de la Pascua. Algunas veces, un número de discípulos todavía incapaces de leer entran en la Capilla de Luz en la estación de la Pascua, por su ferviente deseo de progreso, y se arrodillan con devoción ante el misterio de la pared esmaltada de piedras preciosas, sacando de él algo de la fuerza dejada allí por el Constructor, que lo construyó antes que el tiempo fuese, para que permaneciera firme y mantuviese vivo su glorioso mensaje, mientras el tiempo sea. Este mensaje está escrito en dos partes, una destinada a servir de guía al discípulo cuando ha obtenido el adeptado; y otra, cuando desde el adeptado, avance hacia el Nirvana, o hacia la absorción dentro del Logos, cuando el último ser espiritual retorne a su verdadero hogar. “El silencio” que “puede durar sólo un momento o bien puede prolongarse un millar de años, pero que tendrá fin”. Es el Sueño, Yoga del adepto. (Regla 21 de la primera serie de “Luz en el Sendero”). Esto mismo indicó T. Subba Row, el brahman teósofo. (Esoteric Writings, pg. 253). De este sueño o sublime meditación, despierta el adepto a la “voz resonante” que es “el silencio mismo”. Esto es el resultado de toda su experiencia humana. Y ahora, al “discípulo” se le ordena que vuelva a ser estudiante, y lea lo que está escrito para él en la Sala de Sabiduría y le guíe al lugar en donde se manifiesta la “voz insonora”. Lo que contempla entonces, es invisible e inapreciable para los sentidos. Es el estado nirvánico.

La historia del año, esto es, la Naturaleza inferior y la Naturaleza superior, actúan en la conciencia del hombre y le conducen hacia este sendero por una constantemente repetida exhortación periódica y le enseñan el milagro que ha de operar la suntuosa manifestación de poder y de belleza que se produce anualmente cuando el Sol se dirige hacia el Norte.

En la fórmula de la Fiesta del Nacimiento, el discípulo declara: “Estoy dispuesto a quedar sin la protección de los vehículos”. Hablando de este estado superior que nos es dado conocer en el actual momento de evolución, dice T. Subba Row (Esoteric Writings. Pág. 27). “Aquí desaparece la conciencia espiritual, dejando el séptimo principio en completo estado de Nirvana o perfecta desnudez”. Este es el estado del ser al cual el discípulo aspira, al cual el sendero le conduce; y la segunda parte de **“Luz en el Sendero”**, se refiere solamente a la conducta del discípulo para auxiliar a los demás y mantenerse firme después de esta sublime adquisición.

La ambición, el primer acicate de la humana naturaleza, levanta a los hombres que viven en condiciones puramente materiales. Para ellos, es el motivo más elevado posible; y como maestro que es de los hombres, ninguno puede eximirse de ella. Ninguno se imagina llegar a ser discípulo, sin aquella fuerza propulsora que únicamente puede adquirirse; y llegar a ser por la tensión y compulsión de la naturaleza humana, bajo el azote de la ambición. Después ha de morir. Es uno de los parientes que Arjuna ha de matar en el campo de batalla; y con todo, de la misma tumba se levanta, y su esencia se transforma y transmuta hábilmente para el discípulo, quien no puede comenzar la Gran Tarea a menos que “sepa trabajar como trabajan los ambiciosos”. Y nunca puede obtener aquel poder para el trabajo, sin la escuela-práctica sufrida por el hombre ambicioso. La ambición se debe aprovechar en su carácter de duro preceptor, y después será rechazada por indigna, antes de que el Maestro pueda conducir a su discípulo desde la Capilla de Luz a la Capilla de Acción.

CAPÍTULO XI

La Capilla de Acción se abre a todos los aspirantes que quieren entrar; el obtener allí la entrada es cuestión de fuerza más bien que de devoción o de espiritualidad mental. Porque allí el trabajo que tienen que hacer los discípulos en el mundo, es deliberado y ordenado por los Maestros. Los que entran encuentran su propio lugar en la gran mesa, lugar que ningún otro puede ocupar, y allí se sientan y esperan lo que se les ha de dar. Muy a menudo se les ordena tomar a su cargo una tarea aparentemente desahuciada, en la cual tienen que desenvolver toda su fuerza para llevarla a término. Hay dos puertas en esta capilla, opuestas una a otra; durante la estación de la Pascua están completamente abiertas. Una, da entrada a la gran Sala, y desde ella se ve el altar mayor, blanco con azucenas, las que, los artistas videntes del pasado han presentado como si procedieran de la misma tumba. La otra se abre a una extensión de playa, de aquellas místicas aguas que separan el espíritu del hombre, unido todavía al cuerpo, de la vida del más allá. A través de estas aguas vienen aquellos que, habiendo dejado la vida terrestre por un largo período tienen todavía deberes que llenar y completar sobre la tierra. Vienen, y se sientan en la misma mesa, junto con las entidades que son las inteligencias espirituales de los hombres que viven todavía en cuerpos sobre la tierra. Únicamente en este elevado plano, pueden - esperar los hombres de la tierra encontrar a sus amigos que han cruzado las místicas aguas - (aquellas aguas que están más allá del firmamento que Dios llamó cielo) - allí se encuentran “espíritu con espíritu, alma con alma”, “El no puede venir a mi, pero yo puedo ir a él” es la sencilla exposición de la verdad. El hombre puede así levantar su mente espiritual, Y encontrar el espíritu puro de su amigo desencarnado, en aquel plano superior accesible al hombre. Pero esto sólo puede ser hecho por el discípulo que ha aprendido a salir de sus cuerpos y entrar en el mundo del espíritu; pero no puede traer a la tierra el espíritu de tino que él ha amado durante las encarnaciones. Aquellos que sufren por sus amados, que la muerte les ha arrebatado, y cuyos ojos están ciegos por las lágrimas, no pueden pasar al interior de la Sala de Sabiduría, aunque una profunda devoción y reverencia pueda capacitarlos para abrir sus puertas. Justamente dentro, hay una Capilla, conocida con el nombre de “Capilla de la Aflicción”; muchos entran en ella y no pueden ir más allá. Aquellos que ya no

tienen necesidad de esta Capilla, nunca miran su puerta, ni siquiera saben que existe. Porque es obscura Y sombría, y está velada, y es fácil pasarla inadvertida. Con frecuencia el dolor intenso penetra tan profundamente la naturaleza del hombre, que cuando él cree haberlo vencido, vuelve a encontrarlo una y otra vez como un obstáculo en su camino, aun después de ser discípulo aceptado; y varias veces el ansia de su corazón reaparece en este plano superior, y pregunta al Supremo, por qué está todavía separado de Aquel a quien ama. Las lágrimas de agonía y ansiedad brotan de nuevo; pero son lágrimas o penas espirituales, más agudas que las del ser humano. Mientras estas lágrimas fluyen, el espíritu no puede ver lo que está ante él; y ninguna puerta de la Sala del Saber puede abrirsele ni aun por mano del Maestro, excepto la velada puerta de la Capilla de la Tristeza. Lo conducirán a ella, y admitido, encontrará la tumba de su amado, la tumba de todos los amados, donde todos aquellos a quienes el dolor ciega, pueden venir a arrodillarse y llorar. En la época de Pascua, esta puerta está abierta para que los tristes entren en este apartado lugar del gran templo de la Devoción, cuyos secretos y misterios, están ocultos para ellos a causa del velo de dolor que cubre sus ojos. No pueden alcanzar aquel superior nivel donde los espíritus de los encarnados y desencarnados pueden encontrarse, en mancomunada acción para alguna gran causa, “espíritu con espíritu y alma con alma”.

En la capilla de “Luz en el Sendero”, o Capilla de Luz, así llamada porque siempre está iluminada por las piedras preciosas de los muros, o por la brillantísima luz de las palabras, hay un gran volumen cerrado la mayor parte del tiempo. La víspera de la Pascua está abierto y colocado sobre un elevado atril. En dicho volumen están escritas las promesas de los discípulos para emprender varias obras en el mundo. Aquí vienen, quienes desean trabajar por la humanidad, a escribir sus promesas con sus nombres, y después los conducen a la Capilla de Acción, en donde hay una gran mesa, que a veces tiene el aspecto de mesa de trabajo, y otras el de mesa eucarística, con un cáliz de amargura para que beban los concurrentes. Pero en aquel cáliz está contenida también la mística efusión de energía, base del rito de la Sagrada Eucaristía. Si el discípulo; al firmar en el libro, intenta una empresa demasiado alta para su poder, desfallecerá y se desvanecerá en el pavimento de la capilla, y la firma desaparecerá del libro. Todo su esfuerzo quedará extinguido sin recordarlo en su memoria física, pero, durante toda aquella encarnación lo acosará el sentimiento de un deber incumplido, de una responsabilidad no satisfecha con relación al mundo, a su sufrimiento y su pecado. No puede reiterar este esfuerzo en la misma encarnación. Pero si el paso que intenta dar

está en armonía con sus fuerzas y puede resistir su mística promesa, entonces le conducirán a la Capilla de Acción en donde le espera su cáliz de amargura. Tarde o temprano se le dará a beber. Algunos desfallecen al tomarlo y se marchan incapacitados para volver a tomar sitio en la mesa. Pero como ya han ido bastante lejos, la promesa queda escrita en el libro, y sus nombres no se desvanecen sino que responden de la efectuada promesa. De cuando en cuando vuelven a la Capilla, y al entrar se abre el libro para que miren sus nombres escritos con su propia mano. La promesa no se ha cumplido, y la obra está por hacer. Abatidos y avergonzados salen silenciosamente. La promesa incumplida los retiene largo tiempo en las encarnaciones, y buscan con insistencia su lugar en la Capilla de Acción.

En el Día de la Pascua, la mesa de esta Capilla está llena; a todos los aptos se les invita a sentarse en ella. Cristo se sienta a la mesa, y exhorta a los Cristos de la naturaleza espiritual de los discípulos; y todos los presentes beben con Él el vino de Vida.

Alrededor de la Sala, hay otros centros místicos de devoción y de esfuerzo, como capillas de catedral, en las que no entran los espíritus humanos, sino las potestades que tienen a su cargo el destino del hombre y que influyen en su vida de acuerdo con la Ley de Karma. Estas potestades vienen aquí a observar el misterioso tejido de los hilos del karma individual de los hombres en la recia cuerda del karma de la raza. Vienen a escrutar los corazones de los discípulos capaces de entrar en el servicio. La Muerte viene y se inclina ante el altar. En el Día de Pascua la forma espiritual del último Avatar desciende visiblemente a todos, y desde las gradas del altar bendice a la multitud de adoradores. Videntes o no videntes, velados o no velados, todos los que allí se arrodillan con verdadero culto interno reciben la bendición.

Entre el altar, a mano derecha, y la puerta de la capilla de Acción, hay una puertecita obscura que rara vez se abre. Está trabada con grapas de hierro y quienes allí entran lo hacen por otro método. En este lugar hay otra puerta que da a la Capilla de Acción, y el Día de Pascua está completamente abierta, y los seres espirituales que están allí entran y salen por ella a la Capilla de Acción. A veces uno de ellos se acerca a la mesa, toma su cáliz, lo lleva a sus labios y apura él contenido hasta las heces. Después se levanta y apresuradamente se dirige por la puerta abierta a una clara e intensa llama que allí arde perpetuamente. Cada uno se cree allí solo y en efecto lo está, porque ninguno puede percibir a otro. No es fuego de la clase que mantiene activa la vida física de los hombres. No hay en él elemento material. Es el ignorado fuego de la purificación, el crisol de la vida, y sus voraces llamas consumen la

escoria de las temblorosas y palpitantes formas que voluntariamente sufren la agonía de abrasarse, en él con puro sufrimiento espiritual sin paliativo que mitigue su acción, hasta que la purificación esté consumada. Por esto los discípulos buscan el sufrimiento y no intentan evadirlo, porque saben que hasta que todo lo destructible por ese fuego esté enteramente quemado y consumido, no habrá verdadero nacimiento. La parte espiritual está perpetuamente en la Dama; pero para quienes no han alcanzado todavía, al mismo tiempo, la condición de vigilia y sueño, hay misericordiosos intervalos de inconsciencia.

Los esenios reconocieron como parte importante de su disciplina mística, el conservar la conciencia interna activa durante las veinticuatro horas del día, manteniendo la mente espiritual informando al cerebro de todo lo que experimentó durante el sueño físico. De modo que los días son entonces para el discípulo breves intervalos de tiempo y espacio, entre independientes períodos. A quien intente obtener tales poderes sin la debida preparación, tendrá la amarga desilusión de dejar el cuerpo físico para encontrarse aprisionado en la esfera terrestre, incapaz ni aun de aproximarse a la Sala de Sabiduría; o si por rara circunstancia sucediere que entrase allí, será para estar plenamente consciente de la más desesperante y prolongada agonía de purificación, y entonces retrocederá por varias encarnaciones. El discípulo evita la conciencia plena hasta que está perfectamente preparado, porque de lo contrario significaría constante sufrimiento. Esta es la razón de que el hombre ordinario tema la muerte, pues tiene conocimiento interno de que tendrá que sufrir mucho en manos del gran Rey que lo saca de la inconsciencia.

No es justo despreciar a los hombres que temen la muerte; pues todavía han de vencer pasos difíciles antes de cruzar con seguridad y confianza los portales del cuerpo. En el gran Sendero no se puede dar ningún paso apresuradamente sin gran pesadumbre, y demasiado a menudo la premura obliga a desandar lo andado. “Crece como crece la flor”, anheloso, pero siempre obediente a las leyes del crecimiento, para que el desenvolvimiento sea gradual y perfecto. El estado *jagrat de swapna* es clarividencia en la vigilia; aquel estado en que se puede leer “**Luz en el Sendero**” en el muro en que está escrita desde que el mundo es mundo.

MAYO: TRANSMUTACIÓN

CAPÍTULO XII

El discípulo ha de obrar el doble milagro de la transformación y transmutación. La primera es la lenta renovación del corazón del hombre que va tomando nuevo rumbo. Mientras así se transforma es el Arjuna del *“Bhagavad Gita”*. El firme y continuado esfuerzo del discípulo en todas las actividades del plano físico, culmina cuando un Día de Pascua entra conscientemente en la Capilla, del Fuego y permanece voluntariamente en la llama. Hasta entonces estuvo combatiendo en el campo de batalla de su naturaleza física, pasional y mental, venciendo malos deseos, desechando malos pensamientos y extinguiendo malas pasiones. La verdad de que sus enemigos no pueden morir del todo, está expuesta con mucha claridad en el discurso de la Deidad, en el capítulo X del *“Bhagavad Gita”*, cuando Sri Krishna declara a Arjuna que El los ha matado y sin embargo le dice: “Combate, mata tú a quienes yo he matado”. La actitud de combatir y matar la ambición, el deseo de vida, el deseo de bienestar, el sentimiento de separatividad, el deseo de sensación, el ansia de prosperidad, es lo que transforma el corazón del hombre. Pero a esta transformación debe seguir el milagro de la transmutación, la divina alquimia, indicada en *“Luz en el Sendero”* en las reglas que dicen: *“Trabaja como trabajan los ambiciosos”*. *“Respetar la vida como los que la desean”*. *“Sé feliz como los que viven por la felicidad”*. El discípulo no solamente debe transformar su corazón de tal manera que mate la ambición, la sed de vivir y de bienestar mundano, sino que para elevarse debe utilizar las fuerzas que en su naturaleza causan dichas pasiones, transmutándolas en fuerzas más sutiles, de modo que pueda utilizadas para el magno fin y objeto de la existencia: en servicio del Supremo. A este fin se purifica en el crisol de la vida. La aplicación a su propia naturaleza y a las fuerzas que actúan en él y por medio de él, de la divina alquimia que lo realza hasta el conocimiento de la naturaleza superior es lo que ha de practicar en la fórmula de la Ceremonia de la Fiesta del Amor.

El velo que unas de otras oculta a las conciencias, debe levantarse de modo que haya siempre un resquicio de una a otra conciencia. Sólo el adepto puede levantar el velo enteramente. El discípulo se ha de contentar con una

estrecha rendija que debe mantener siempre abierta, con suficiente espacio para pasar por ella y mirar al otro lado, y aun esto sólo es posible con el auxilio que el Maestro otorga cuando el discípulo es capaz de leer “**Luz en el Sendero**” en el muro donde está luminosamente escrita. Lo cual es enseñarle a mantener la condición de clarividente despierto. Si el discípulo tiene la habilidad de mantenerse en esta condición, podrá en adelante pasar solo. Tal auxilio se recibe más fácil y con más rapidez en el período de Pascua, al que sigue el maravilloso mes de la transmutación, durante el cual, el velo que oculta las otras conciencias debe levantarse, y esto sólo puede efectuarlo quien haya pasado con éxito las pruebas preparatorias. En la temporada de Pascua celebramos la gran idea fundamental religiosa de la resurrección del Espíritu del hombre del sepulcro, el Cristo que surge de la tumba, lugar de obscuridad en el alma humana. Este maravilloso prodigio de la Naturaleza que celebramos en la solemne fiesta de Pascua Florida, acontece en virtud de fuerzas de naturaleza superior que funcionan en primavera; la palabra “Pascua Florida” significa *Marea de Vida*. La oscuridad y tristeza del invierno han pasado, y ha llegado la época en que brotan las verdes hojas. Durante la primavera, el discípulo debe acometer con firme resolución la gran empresa de su desenvolvimiento espiritual. La cosecha pronto vendrá; se efectuará el cómputo anual, y “el árbol se conocerá por sus frutos”, En la temporada de Pascua debe el discípulo probar plenamente las fuerzas de su naturaleza, siguiendo la norma de conducta superior que pueda percibir, en espera de alcanzar un modelo cada vez más elevado cuando en el drama anual llegue otra vez el mes del nacimiento.

El Yoga prescrito en “**Luz en el Sendero**”, existió antes de la fundación del Budismo, mucho antes de que Gautama alcanzase el estado de Buda. Yoga significa unión con el Supremo. Se deriva de la raíz sánscrita “yuj” unir. El discípulo de Yoga desea estar unido con el Ser que todo lo gobierna y regula; y finalmente entra tan completamente en acción con el Divino Bien, unido de tal modo a El, que llega a ser uno con El. Para alcanzar este fin el yogui indio sufre con ánimo sereno los extremos del martirio físico; para lograr el Budado aprendió Gautama de los ascetas brahmanes la práctica de Yoga.

De los cinco actos delictuosos que se deben evitar en la práctica de Yoga entre los ascetas brahmanes, corresponden los cuatro primeros a los primeros cuatro mandamientos de Buda. En ambos textos el primer requisito es “No matar”, que expresa así Sir Edwin Arnold, “No matarás a fin de que no destruyas ni la más mínima cosa en el camino “le su evolución”, La vida es el

don del Supremo Ser a todas las criaturas para que la conozcan, se purifiquen por medio del sufrimiento y busquen de nuevo su unión con el Dador de Vida.

El primer precepto de Yoga de Patanjali; y el primer mandamiento del Budismo, corresponden a la cuarta regla de la primera serie de **“Luz en el Sendero”**. La razón de tal precepto es que con el desenvolvimiento de la raza humana, la ambición, el amor a la vida personal, y a los bienes mundanos predominan en la naturaleza del hombre, y la práctica de Yoga no se puede comenzar sin haber antes contrarrestado, combatido y destruí do dichos deseos; de lo contrario, la práctica de Yoga conducirá a un terrible fracaso. Tales deseos eran pueriles, despreciables e indignos para el antiguo yogui brahman, Pero el mundo occidental está ahora sumergido en el fango del sensualismo y necesita de la ambición para salir del abismo de miseria humana. Cuando la ambición se destruye, parece que los objetos de la ambición deben destruirse con ella; y como el amor a la vida personal y a la molición son los motivos del hombre ambicioso, seguidamente viene en **“Luz en el Sendero”** la ulterior exposición: “Respetar la vida como lo hacen aquellos que la desean”. Esta es la primera parte de la divina alquimia, la transmutación del yo inferior en el Yo superior, digno de la inmortalidad, en que se convertirá el discípulo, tan pronto como su mente espiritual surja de la tumba de materia en que estuvo oculta. Ya no tiene ningún deseo de vida; pero sabe que pidiendo vida y obteniéndola dio el gran paso hacia la unión con el Supremo y en la vida recibió el don prodigioso que le capacitó para alcanzar la meta. Por esto respeta su vida como si la deseara; por esto respeta igualmente la vida de todos los otros seres que viven para el mismo fin. La simple posesión de este don de la vida, que únicamente puede obtenerse del Supremo Ser, basta para mostrar que toda criatura que la posee, tiene la gran oportunidad de adelantar en el camino de su evolución.

Al iniciar el discípulo la transmutación de *su* yo inferior debe reconocer su deber hacia el mundo externo del cual es parte inseparable. La mayoría de los discípulos de Buda y de Cristo repugnaron la mala acción de matar, y por esto fueron capaces de practicar el Yoga. Los budistas tibetanos que comen carne, se valen de chinos o de mahometanos para matar los animales que se comen, creyendo que así evaden el mal karma de la mala acción; pero este inútil subterfugio sólo sirve para engañarse a sí mismos. El que come carne da motivo para la matanza y por tanto, es el principal infractor de la divina ley. Esta tentativa de eludir el peso del pecado, no la han adoptado en Occidente, donde el pugilato y la caza se disputan por excelentes y nobles pasatiempos. Quienes se proponen seguir el sendero de Yoga en medio de la moderna

civilización, han emprendido una tarea muy ardua. El primer paso los separa completamente del común de los hombres. Y quienes han alcanzado la clarividencia despierta y han leído **“Luz en el Sendero”** en las paredes de la Capilla de Luz, saben que de nada le vale “no matar”, a quien se aprovecha de lo que otros matan. En ciudades llenas de carnicerías y mataderos repugnantes, y en naciones apasionadas por la caza y dedicadas al culto de la guerra, han de “respetar la vida”. Y la interna energía que los impulsó a nacer en el mundo objetivo y que fue deseo de vida, ha de transmutarse en divino “respeto a la vida”. La tarea no es fácil, pero se proseguirá año tras año y vida tras vida hasta llegar a la perfección.

Ahora que renacen las verdes hojas de la Naturaleza, al impulso de la oleada de vida de la Tierra, el discípulo debe desplegar las verdes hojas de su naturaleza superior.

Cuando el discípulo llega al estado de clarividente despierto verá claras muchas cosas que hasta entonces le parecían inexplicables, y percibirá el trabajo interno de la vida del mundo. Se dará cuenta de por qué no se ha de entrar en el sendero de Yoga hasta que se hayan evitado todas las acciones vedadas, y que firmemente haya uno dado en rostro a las fuerzas del mal que las producen, y haya compelido a las más inmediatas a él, a cambiar su naturaleza y a participar de la transmutación que está experimentando. No puede separarse de lo que en su interior existe, y a medida que se purifica debe purificar el aire que respira y todo aquello con lo cual está en contacto. Así, y sólo así, será redimido el mundo. En virtud de su poder espiritual, el espíritu ascendido realza todo cuanto le rodea, de tal modo, que el mismo suelo que pisa, cobra nueva vida doquiera imprime sus huellas.

Convertid la emoción en propósito, dice el Maestro. Se ha de vigilar y escudriñar constantemente el corazón a fin de que las pasiones y adversidades no arrebaten al hombre y lo arrastren de aquí para allá, sino que sean armas de acción empleadas en la gran cruzada de lo infinito contra lo finito, de lo espiritual contra lo material. El ascendido espíritu sabe que esas armas no son ofensivas, porque hace largo tiempo, desechó las de esta índole, pues lo finito sólo es un aspecto de lo infinito y lo material de lo espiritual. En verdad, dichas armas ya no son las que Arjuna había de esgrimido contra aquellos parientes, a quienes la Deidad ya había matado. Son ahora, más bien que armas, instrumentos con los cuales ha de remodelar el aspecto del ser humano. El corazón del discípulo ha de estar ya purificado de sus más bajas pasiones durante las pasadas vigiliass; y ahora, cuando le asalten las tentaciones de los

pues de opuestos, podrá rechazadas, ya permaneciendo silencioso, ya convirtiéndolas a su provecho espiritual.

Su corazón es el de un discípulo, con poder para actuar en los espacios etéreos, para leer en los corazones de los demás. Las emociones que todavía le asalten, deben servida de poder Modelador del propósito vital de ascender a lo alto. Para el que ha llegado a discípulo, y está compeliendo su naturaleza a obedecer los dictados de lo alto, la vida es como una larga fiebre, llena de luchas, iluminada por visiones, oscurecida a veces por el delirio. Ahora que, en la historia del ser individual en su peregrinación terrestre, se ha efectuado el milagro de la Pascua, el Maestro pide al discípulo que no sofoque la ardorosa sobreexcitación, sino que la transforme en energía para elevarse a sí mismo y a los demás. Así surgen en el plano material los guías y reformadores, anhelosos de mejorar a la humanidad, y del progreso de todos. El que busca el sendero, no debe retirarse a la soledad y vivir como eremita. La trompeta de llamada ha sonado, indicándole que ha de enaltecer al mundo, iluminándolo y estremeciéndolo hasta los cimientos. De “loco” tildan a quien se esfuerza en medio de las apretadas filas de los hostiles parientes que hay que vencer. Pero el discípulo que negó al estado de transmutación es capaz de cambiar el temblor del espíritu y la turbación del cerebro en perfecta calma de divina confianza. Tiene la mente fija en el Supremo, que es su Guía y su Meta.

La santidad de la Pascua Florida está indicada precisamente en su origen solar; y la vivificante energía que en esta época se derrama sobre la Tierra sirve para alcanzar cuanto quepa en experiencia espiritual.

La religión Budista considera el mes de Mayo como el más propicio para que el espíritu elevado manifieste su poder y carácter. El día primero de Mayo se conmemora el nacimiento de Gautama el Buda, y el cinco del mismo mes la revelación de la doctrina esotérica a sus discípulos. La religión Hinduista consagra este mes a las sesiones sacrificiales.

Ya no ha de atender el discípulo a la transmutación del sentimiento de poder, de la vida física en vida de pensamiento, en la vehemencia arrebatadora de divina confianza para triunfar en la lucha entre el bien y el mal, porque ya está purificado. Ahora ha de vencer a otro par de opuestos que se levantan como barrera insuperable en el sendero; mas el espíritu elevado, que posee el don de la clarividencia despierta y tiene divina confianza, convierte lo negativo en positivo, para proclamarse emisario del Altísimo y portador de Luz.

Se refiere del Boddhisattva que una vez, al terminar una encarnación, en el momento de la muerte en su silvano hogar, expirando exclamó: “Ni

Mabel Collins – Cuando el Sol Avanza Hacia el Norte

consciente, ni inconsciente”. Los ascetas allí reunidos no creyeron la interpretación dadas a esas palabras por el discípulo-jefe; por lo cual el Boddhisattva volvió del Reino Radiante y desde los aires recitó esta estrofa, que concierne a la postrera transmutación de la naturaleza del hombre cuando encuentra el último par de opuestos en el sendero.

ESTROFA DE LA POSTRERA TRANSMUTACIÓN

“Triste estoy consciente e inconsciente; pero al evadir toda dolencia y libre de toda corrupción, la pura felicidad surge del éxtasis de la intuición”.

Éxtasis es el estado del espíritu elevado. Es uno de los primeros estados de conciencia asequibles a los Adeptos. Más allá están las inefables condiciones místicas. En cada iniciación del discípulo se levanta un velo y un nuevo aspecto de la vida se ofrece a la contemplación de su inteligencia espiritual. Puede levantar o bajar los velos a voluntad. En la época de Pascua Florida, en plena oleada de la vida, cuando la resurrección anual se realiza, el espíritu elevado levanta los velos y mira retrospectivamente huta su primer paso en el sendero, y si no ha de reanudar paso alguno, ni falta que enmendar, ni deuda que satisfacer, alcanzará la superior ciencia mística.

El primero de Junio se celebra en el Tíbet el aniversario del Nirvana de Buda. Esta celebración cierra los seis meses sagrados. De ahora en adelante, la tarea del discípulo, es mantener firmemente su espíritu levantado, para obtener en el próximo mes del nacimiento, un despertar en superiores esferas del Ser. Del inconcebible aumento de conocimiento individual que se necesita para unirse al Logos, puede dar confusa idea el considerar que esta unión abre el camino al conocimiento de los otros Logos.

FIN